

Representación política en América Latina: el estado de la cuestión y una propuesta de agenda

Juan Pablo Luna*

Resumen: Este estudio bibliográfico concluye que el neoinstitucionalismo ha demostrado que las condiciones necesarias para articular representación programática en los sistemas de partido latinoamericanos están ausentes. No obstante, el neoinstitucionalismo posee limitaciones para identificar y explicar los vínculos no programáticos entre votantes y partidos. La subordinación del concepto de “representación programática” a una noción unidimensional de “institucionalización”, el foco en instituciones formales y la utilización de datos agregados en comparaciones transnacionales constituyen sus principales debilidades. Como alternativa, se propone desarrollar comparaciones de varios niveles para describir los vínculos necesariamente heterogéneos que un partido estructura con distintos segmentos sociales; recuperando como factores explicativos las variables de economía política, las instituciones informales y las trayectorias histórico-institucionales.

Palabras clave: representación política, democracia, vínculos entre candidatos y votantes, partidos políticos, América Latina.

Political Representation in Latin America: Existing Findings and a Research Agenda

Abstract: This review essay concludes that the neo-institutionalist literature shows that the necessary preconditions for programmatic representation do not exist in Latin America. The inability to explain non-programmatic links between voters and political parties limits neo-institutional research. Existing work suffers because it narrows the study of programmatic representation to party institutionalization, because it focuses on formal institutions,

* Juan Pablo Luna, profesor auxiliar, Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, Campus San Joaquín, av. Vicuña Mackenna 4680, Macul, Santiago de Chile. Correo electrónico: jlunaf@puc.cl. Deseo agradecer los comentarios realizados por David Altman, Claudio Fuentes, César Montufar, Aldo Panfichi, Enrique Peruzzotti, Marcela Ríos, Martín Tanaka, Augusto Varas y María Emma Wills a una versión preliminar del texto publicada como documento de trabajo por el Departamento de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Perú. Agradezco también los valiosos aportes realizados por un revisor anónimo y por Fabrice Lehoucq. Por supuesto, soy único responsable por los errores y omisiones que aún sobreviven. Para la realización del trabajo conté con el financiamiento de la Fundación FORD y de los proyectos FONDECYT núm. 1060790 “Party Voter Linkages and the Quality of Political Representation: Chile in Comparative Perspective” y FONDECYT núm. 1060749 “Cristalización programática de los sistemas de partidos latinoamericanos: congruencias, desafecciones y calidad de la democracia”.

El artículo se recibió en abril de 2006 y fue aceptado para publicación en marzo de 2007.

and because it relies too heavily upon the use of aggregate data in cross-national studies to study the party systems of the region. This essay suggests that future studies of parties use multi-level comparisons to describe the necessarily heterogeneous linkages that parties craft with different types of voters. It also recommends using political economy to study the informal institutions and historical-institutional trajectories of Latin American political parties.

Key words: political representation, democracy, links between candidates and voters, political parties, Latin America.

Introducción

Este ensayo da cuenta del debate académico reciente sobre el análisis de la representación política, haciendo especial énfasis en los enfoques y estudios empíricos sobre la realidad latinoamericana que provienen de la política comparada.¹ Con base en una revisión crítica de esta literatura, se propone una agenda de investigación que prioriza describir y explicar los vínculos no programáticos (y frecuentemente no partidarios) que actualmente estructuran la relación entre electores y líderes políticos en la región.

El supuesto que subyace a este trabajo es que la presencia de partidos institucionalizados y con vínculos programáticos con el electorado no sólo resulta esencial durante el periodo constitutivo del gobierno (facilitando la presencia de *rendición de cuentas vertical*) sino también durante el propio gobierno, fortaleciendo así los mecanismos de *rendición de cuentas horizontal*. Los partidos políticos constituyen entonces, en el marco de una sociedad formalmente democrática, los articuladores claves de la representación política. Una serie de autores ha sostenido que la democracia latinoamericana actual es estable precisamente porque no provee canales de representación a los sectores subalternos (Huber y Stephens, 1999; Weyland, 2005); quienes por otra parte, sufren de anomia, fracasando en la creación de acción colectiva institucionalizada, acumulando descontento, participando eventualmente en protestas y levantamientos masivos, y, finalmente, retra-yéndose. Desde esta perspectiva, el análisis de la representación política y sus debilidades podría contribuir sustantivamente a la comprensión de las fallas que actualmente conspiran contra la consolidación de democracias de mayor calidad en la región (Agüero, 1998; Hagopian, 1998; PNUD, 2004).

¹ Por esta razón no se revisan aquí trabajos monográficos sobre casos individuales de partidos o sistemas, con excepción de aquellos que contribuyan significativamente a la conceptualización teórica y/o al encuadre comparado de los casos.

No obstante, como argumentan Mainwaring, Bejarano y Pizarro (2006), en la literatura comparada sobre América Latina hay escasez de estudios que analicen específicamente el vínculo a partir del cual los ciudadanos delegan la capacidad de formular decisiones políticas en sus gobernantes, estructurando así, mecanismos de representación. Sí contamos con un gran número de estudios que echan luz sobre las condiciones actualmente existentes en la región respecto a la capacidad de articular vinculaciones programáticas entre partidos y votantes. Dentro de este grupo, destacan los análisis sobre la institucionalización de los sistemas de partido, siendo ésta una condición necesaria (aunque insuficiente) para que los vínculos programáticos logren emerger y cristalizarse.² También contamos con evidencia acerca del déficit de legitimidad que los actores partidarios enfrentan.³ Finalmente, múltiples estudios de caso sugieren la presencia de estrategias alternativas y fuertemente segmentadas de vinculación entre electores y candidatos operando como equivalentes funcionales de la representación programática.

Elaborando sobre esta base, la segunda parte de este trabajo propone ahondar en el análisis de distintos tipos de vinculación (frecuentemente no partidaria ni programática) que hoy tienen lugar en la región entre candidatos y electores. En este plano, se argumentará que apoyados en los conocimientos generados durante la década de 1990 a partir del auge de enfoques neo-institucionalistas para describir y explicar formatos partidarios, los enfoques de economía política y los estudios de caso centrados en el funcionamiento de instituciones informales en contextos estructurales específicos resultarían sumamente útiles, en el marco de diseños comparativos multi-nivel, para dar cuenta de los tipos de vinculación entre votantes y gobernantes que hoy se estructuran en la región.

La siguiente sección identifica dos paradigmas en el análisis comparado de la representación política, describiendo sus principales características metodológicas y analizando su influencia en los estudios sobre la región. La siguiente sección presenta una revisión crítica acerca de distintos análisis que sondean la presencia de precondiciones necesarias para la articulación de representación programática vía partidos, ordenados según enfoque y su-

² Los fundamentos teóricos de esta afirmación y su relación con la tesis del gobierno de partido responsable son analizados en la próxima sección.

³ Dicha evidencia es sintetizada en la sección: “La crisis de representación y sus determinantes estructurales”.

cesión cronológica. El trabajo concluye identificando las tensiones que inevitablemente pautan la construcción de una agenda de investigación sobre la representación política en América Latina y discutiendo una tipología que presenta distintos tipos de vinculación entre votantes y candidatos, que podrían estar consolidándose en la región, como sustitutos funcionales de los vínculos programáticos.

El estudio de la representación en la literatura comparada

Según la distinción propuesta por Powell Jr. (2004), dentro de los estudios de representación política contemporáneos existen dos paradigmas diferentes. El primero, analiza cómo los votos se transforman en escaños (a partir del análisis de instituciones electorales formales) y cuáles son las consecuencias que distintos formatos institucionales generan en términos de estructuras de representación de intereses, formatos de sistemas partidarios y dinámicas de toma de decisiones. Los trabajos de Arend Lijphart (*Modelos de democracia: formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*) y Gary Cox (*La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo: hacer que los votos cuenten*) constituyen los ejemplos más claros de este paradigma.

El segundo enfoque, intenta establecer hasta qué punto los partidos cuentan con plataformas programáticas bien definidas y cercanas a las de sus votantes y se estructuran en torno al modelo de “gobierno de partido responsable”, en el que los electores seleccionan partidos en función de sus preferencias programáticas, las que luego deben ser implementadas desde el gobierno para lograr rendición de cuentas intertemporal. En síntesis, el paradigma de gobierno de partido responsable asume la presencia de tres condiciones: a) divergencia en cuanto a las preferencias programáticas de los distintos partidos políticos, b) relativa estabilidad intertemporal en dichas preferencias, y c) voto basado en preferencias programáticas por parte de los electores (Adams, 2001). La presencia de partidos relativamente institucionalizados constituye una condición necesaria para que se cumplan simultáneamente estas tres condiciones.⁴ Para sondear empíricamente la presencia

⁴ Véase Kitschelt (2000) por una argumentación en este sentido. No obstante, como señala dicho autor, resulta errado asumir que todo sistema institucionalizado se estructura en torno a vinculaciones programáticas entre votantes y líderes, ya que la institucionalización puede lograrse con base en la presencia de tipos de vínculos no programáticos.

de estas condiciones en un sistema de partidos dado, esta corriente analiza a partir de encuestas de opinión a líderes partidarios y electores, el grado de cristalización (alta homogeneidad interna y relativa heterogeneidad entre partidos) y convergencia (preferencias programáticas consistentemente ordenadas entre líderes y votantes de cada partido) que se observan a través de un conjunto de *issues* considerados relevantes. En el caso de Latinoamérica, los *issues* más utilizados son aquellos relativos a las preferencias respecto a la díada estado-mercado, el régimen democrático y el tipo de liderazgo presidencial preferido, y cuestiones morales y religiosas. En ausencia de vínculos programáticos, este paradigma asume la presencia de otro tipo de vínculo entre votantes y candidatos.

Los trabajos de Kitschelt *et al.* (1999) para Europa del Este y de Ruiz-Rodríguez y García Montero (2003), y Luna y Zechmeister (2005) para América Latina constituyen ejemplos de este tipo de análisis en regiones de reciente democratización, utilizando instrumentos de medición cuantitativos (encuestas que recogen las preferencias programáticas de votantes partidarios y líderes políticos). Sin embargo, este tipo de análisis, utilizado profusamente en la literatura comparada (particularmente sobre los casos europeos) es incipiente en la región. En términos sustantivos, lo anterior puede explicarse por la ausencia relativa en América Latina de sistemas de partido estables que ambienten altos grados de cristalización y congruencia programática. No obstante, la escasez de evidencia comparativa acerca de las preferencias programáticas de líderes partidarios y votantes, también ha retardado en términos prácticos la realización de este tipo de estudios. En este sentido, la implementación desde fines de los noventa del Proyecto de Élite Parlamentarias Latino-Americanas (PELA) por parte de la Universidad de Salamanca, ha sido clave al contribuir a llenar este vacío mediante la generación de bases de datos comparables acerca del posicionamiento programático de los líderes parlamentarios de cada país.

Como se argumentará más adelante, la evidencia empírica acumulada durante los 1990 y principios de los 2000 con base en estudios de corte institucionalista, resulta clave para identificar la presencia o ausencia de condiciones necesarias para la articulación de vínculos programáticos de representación (por ejemplo, institucionalización partidaria, estabilidad intertemporal). Empero, dicha perspectiva debe ser complementada mediante otros enfoques para describir y explicar la emergencia de tipos de vinculación no programáticos.

Representación política en América Latina: una revisión crítica

Configuraciones de largo plazo y fallas estructurales de representación política

Dos trabajos histórico-comparativos publicados a principios de los noventa ilustran las divergencias históricas que poseían los sistemas políticos y partidarios de la región respecto al caso paradigmático de Europa Occidental. Partiendo del clásico marco analítico desarrollado por Lipset y Rokkan (1967) para el análisis de clivajes sociales y configuraciones político-partidarias, Dix (1989) concluye que los sistemas latinoamericanos –aunque aparentemente en vías de institucionalización– no poseían los niveles de estructuración típicos de la Europa de posguerra.⁵ Según Dix, Chile constituía una excepción en este sentido en tanto poseía el único sistema de partidos comparable con los de los casos europeos en términos de la estructuración de clivajes sociales y el nivel de penetración social de los aparatos partidarios.

Mientras tanto, también inspirándose en el clásico de Lipset y Rokkan, Collier y Collier (1991) analizan las configuraciones partidarias de largo plazo que surgen a partir de una “instancia crítica” pautada por el tipo de incorporación política del movimiento obrero en ocho sistemas políticos latinoamericanos. Este trabajo demuestra la centralidad que adquirieron en la región mecanismos de cooptación y movilización electoral de los sectores subalternos que no lograron fraguar, en el largo plazo, en la creación de sistemas de representación partidaria institucionalizados y relativamente estables (salvo en los casos de Colombia y Venezuela hasta fines de los 1980, México hasta 1988 y Chile y Uruguay hasta 1973 y luego de sus respectivas redemocratizaciones).

⁵ Lipset y Rokkan (1967) analizan la configuración de los sistemas de partidos europeos con base en una trayectoria *path-dependent* en torno a tres coyunturas críticas cuyos legados dependen de la secuencia, duración y profundidad que poseyeron en cada sociedad los siguientes clivajes o fisuras: la oposición entre los grupos que dominaron la construcción del estado *vs.* las minorías que fueron integradas en dicho proceso, la oposición entre los procesos de secularización y nacionalización impulsados por los nuevos estado-nación *vs.* la Iglesia católica, la oposición entre los intereses de terratenientes y la burguesía industrial, y por último el conflicto entre burguesía y obreros. Mientras que las dos primeras fisuras corresponden a la “revolución nacional” y a los procesos de construcción de los estados-nación europeos, las dos últimas son motivadas por la “revolución industrial”. Según los autores, las organizaciones partidarias que surgieron, se adaptaron, y/o perecieron al movilizar conflictos sociales relativos a cada uno de estos clivajes, en contextos nacionales pautados por diferentes secuencias y por fisuras de mayor o menor profundidad fraguaron y “congelaron”, desde aproximadamente los años 1920, determinada estructura de competencia partidaria, visible todavía hacia fines de los años 1960.

En su conjunto, ambos trabajos permiten caracterizar los orígenes y la evolución de los sistemas de partidos presentes en la región hasta los años 1990, contribuyendo a explicar su debilidad histórica. No obstante, los cambios que han tenido lugar en dichos sistemas sugieren enfáticamente que la situación de principios de los 1990 correspondía o bien a un equilibrio frágil o al fin de una era.

El estudio de los sistemas de partidos en los 1990: enfoques neo-institucionales

Durante los años 1990, el estudio de la representación política en América Latina ha sido dominado por el paradigma procedimental, al influjo de vertientes institucionalistas centradas en describir las características de las élites partidarias y sus interacciones en el marco de las instituciones electorales formales que rigen cada sistema. “Por una revisión reciente acerca de las características de este enfoque” (Zurbriggen, 2006). Metodológicamente estos trabajos se estructuran en torno a análisis de caso detallados y a la sistematización de indicadores institucionales (por ej. construyendo índices de participación y volatilidad electoral o de fragmentación y polarización partidaria). Si bien existe un sinnúmero de estudios de caso, la introducción al volumen editado en 1995 por Mainwaring y Scully constituye el hito más trascendente en esta literatura. Los editores discuten teóricamente, operacionalizan y miden el concepto de “institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos”.

Mediante el desarrollo de una serie de indicadores empíricos relativos a cada una de las cuatro dimensiones de institucionalización consideradas como relevantes (la estabilidad de los patrones de competencia entre partidos medidos a través de la volatilidad electoral; la presencia de vínculos estables entre los partidos, los ciudadanos y los intereses sociales organizados operacionalizada empíricamente a través de la observación de patrones de voto más o menos consistentes entre elecciones legislativas y presidenciales; la legitimidad de los partidos y de los procesos de elección democrática como los instrumentos pertinentes en la conformación de un gobierno observada a través del juicio históricamente informado de los propios autores; y, también operacionalizada con base en dichos juicios, la presencia de organizaciones partidarias relativamente asentadas), los autores generan un índice sumatorio simple a partir del cual clasifican a los casos latinoamericanos en tres categorías, según un rango de variación de entre 4.5 y 11.5 puntos. La clasificación propuesta por Mainwaring y Scully discrimina entre: 1) sis-

temas institucionalizados, obteniendo valores entre 11.5 y 9 (Costa Rica, Chile, Uruguay, Venezuela, Colombia y Argentina), 2) sistemas de partido-hegemónico en transición, los que obtienen puntajes de 8.5 y 7.5 respectivamente (México y Paraguay), y 3) sistemas incipientes con puntajes de entre 5 y 4 puntos (Bolivia, Ecuador, Brasil, Perú).

Como se argumentará en detalle al final de esta sección, es posible plantear que niveles similares de institucionalización pueden obtenerse con base en vínculos muy diferentes entre los partidos y la ciudadanía (por ej. sistemas clientelares *vs.* sistemas donde predominan vínculos programáticos), con consecuencias diversas respecto al tipo de representación predominante y eventualmente, a la evolución futura de cada sistema. Especialmente, la forma en que se operacionaliza la segunda dimensión (vínculos estables o “raíces de los partidos en la sociedad”) es problemática, en tanto se encuentra orientada a medir la estabilidad del vínculo y no permite identificar tipos de vinculación diferentes que podrían estar generando niveles de estabilidad similares. En términos teórico-metodológicos, esta crítica sugiere la necesidad de trabajar la relación entre la institucionalización y el tipo de vínculo existente en el sistema, sustituyendo la lógica aditiva y unidimensional, que predomina en el enfoque de Mainwaring y Scully, por una perspectiva combinatoria (dando lugar a una construcción tipológica). Tal vez, la perspectiva asumida por Mainwaring y Scully contribuya a explicar por qué, sistemas descritos como “institucionalizados” en 1995 han atravesado por profundas crisis (Venezuela, Argentina y Colombia) llegando en algunos casos al colapso en los años subsiguientes. Simultáneamente, algunos sistemas sumamente “incipientes” parecen haber ganado –al menos en el plano nacional– niveles mayores de estructuración programática (por ej. Brasil, según la evidencia con base en el análisis de entrevistas estructuradas con legisladores Brasileños presentada por Hagopian, 2002). Por su parte, mientras los casos “institucionalizados” de Costa Rica, Chile y Uruguay siguieron mostrando dichas características durante los 1990,⁶ algunos casos clasificados como “incipientes” parecen haber retrocedido aún más en términos de su institucionalización con el declive de los partidos “tradicio-

⁶ No obstante, la evidencia reciente acerca de los casos de Costa Rica (Seligson, 2002; Lehoucq, 2005) e incluso Chile (Luna, 2006), pone en evidencia la presencia de síntomas asociados en otros casos a procesos significativos de des-institucionalización partidaria. El caso costarricense es particularmente claro, al registrarse altos niveles de descontento y volatilidad electoral, que han jaqueado de forma reciente el tradicional sistema bipartidista del país, también asediado por la presencia de múltiples escándalos de corrupción (véase Lehoucq, 2005).

nales” en Perú (Alianza Popular Revolucionaria Americana, Acción Popular), Bolivia (Acción Democrática Nacional-Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Movimiento Nacionalista Revolucionario) y Ecuador (Izquierda Democrática) y la emergencia de nuevos actores (muchos de ellos antisistema, la mayoría vehículos personalistas) pujando por llenar el vacío de representación.

El estudio original de Mainwaring y Scully, ha sido recientemente actualizado críticamente por Payne *et al.* (2003), reflejando alguno de estos cambios y proponiendo una operacionalización parcialmente diferente, apoyada en la incorporación de datos de opinión pública (con base en datos del Latinobarómetro). En particular, Payne *et al.* (2003), utilizan indicadores de opinión pública para complementar y mejorar la operacionalización de la segunda (raíces o vínculos estables entre sociedad y partidos) y la tercera dimensión (legitimidad de los partidos y las elecciones como vehículo para generar un gobierno). En el primer caso, se estima el porcentaje de la población que se declara identificada (en distintos grados) con un partido político. En el segundo, se recurre al promedio de confianza en los partidos políticos observado en cada país entre 1996 y 2001, la legitimidad otorgada por los electores a los procesos de elección entre 1996 y 2001, y el porcentaje de la población que piensa que los partidos son indispensables para el progreso del país en 1997.

Un valor añadido de esta replicación es la incorporación de cinco nuevos casos centroamericanos (Guatemala, Honduras, Panamá, Nicaragua y El Salvador). Los detalles de esta nueva operacionalización y los puntajes obtenidos por cada país son también presentados en el cuadro 1. A pesar del transcurso de tiempo y de la utilización de una nueva estrategia de medición, los niveles de consistencia entre ambos índices agregados son relativamente altos, alcanzando una correlación de .75 entre los puntajes obtenidos por cada país en ambas mediciones (coeficiente de Pearson). Además, la ubicación de los países en grupos con distinto grado de institucionalización permanece relativamente estable, con Costa Rica, Chile y Uruguay mostrando niveles consistentemente altos de institucionalización y Perú, Bolivia, Ecuador y Brasil con puntajes bajos en ambas mediciones. No obstante, desde la perspectiva de la representación política, la utilización de información empírica más rica no resulta suficiente para superar las limitaciones que genera la operacionalización unidimensional desarrollada por ambos grupos de autores, con base en el supuesto teórico que presume una relación aditiva entre distintas dimensiones del concepto de “ins-

CUADRO 1. Comparación entre los índices de institucionalización de Mainwaring y Scully, y Payne

Indicadores Sintéticos: Mainwaring y Scully, 1995					
País	Volatilidad electoral ⁷	Raíces en la sociedad ⁸	Grados en que los partidos y las elecciones determinan quién gobierna en el país ⁹	Fortaleza de las organizaciones partidarias ¹⁰	Índice agregado
Costa Rica	2.5	3.0	3.0	3.0	11.5
Chile	2.5	3.0	3.0	3.0	11.5
Uruguay	3.0	3.0	3.0	2.5	11.5
Venezuela	2.5	2.5	2.5	3.0	10.5
Colombia	3.0	3.0	2.5	2.0	10.5
Argentina	2.0	2.5	2.5	2.0	9.5
México	1.5	2.5	1.5	3.0	8.5
Paraguay	1.0	1.0	1.0	3.0	7.5
Bolivia	1.0	1.0	2.0	1.0	5.0
Ecuador	1.0	1.0	2.0	1.0	5.0
Brasil	1.0	1.0	2.0	1.0	5.0
Perú	1.0	1.0	1.0	1.0	4.5
Honduras					
El Salvador					
Nicaragua					
Panamá					
Guatemala					

Fuente: Elaboración propia con base en Mainwaring y Scully (1995), y Payne *et al.* (2003).

⁷ Promedio de la volatilidad electoral en elecciones legislativas y presidenciales considerando un máximo de cinco periodos electorales (Colombia, Costa Rica, Ecuador, Argentina) y un mínimo de dos en casos con menor número de elecciones competitivas celebradas desde principios de los años 1970 hasta principios de los años 1990 (Uruguay, Chile, Paraguay, y Brasil).

⁸ En ausencia de mejores indicadores (por ejemplo, opinión pública, datos electorales geo-referenciados) se encuentra operacionalizada a partir de la diferencia existente entre voto legislativo y presidencial, controlando por la presencia de elecciones concurrentes o no concurrentes; el porcentaje relativo de votos obtenidos en la última elección legislativa (hasta 1992) por partidos fundados antes de 1950; y el promedio de edad de los partidos que poseen más de 10% de puestos legislativos en 1993. Estos dos últimos indicadores se utilizan como estimadores acerca de la capacidad de los partidos políticos de establecer vínculos estables con grupos de interés, lo que les otorgaría mayor capacidad de supervivencia.

⁹ Codificación basada en la trayectoria histórica del país, en ausencia de indicadores comparados de opinión pública.

¹⁰ Codificación basada en la trayectoria histórica del país, en ausencia de indicadores comparados de opinión pública.

CUADRO 1. Comparación entre los índices de institucionalización de Mainwaring y Scully, y Payne (continuación)

País	Volatilidad electoral ¹¹	Payne <i>et al.</i> , 2003					Índice agregado ¹⁴
		Raíces en la sociedad ¹²		Grados en que los partidos y las elecciones determinan quién gobierna en el país ¹³			
		1	2	1	2	3	
Costa Rica	2.77	2.92	1.81	1.82	2.75	2.16	2.46
Chile	2.77	3.00	1.31	2.14	2.82	1.71	2.38
Uruguay	2.77	2.96	3.00	3.00	3.00	2.55	2.87
Venezuela	1.78	1.49	1.31	1.60	1.30	1.78	1.58
Colombia	2.32	2.42	1.37	1.34	1.00	1.67	1.85
Argentina	2.48	2.54	1.24	1.42	2.21	1.52	2.03
México	2.47	2.72	1.76	2.20	1.24	3.00	2.29
Paraguay	2.37	2.88	2.86	1.91	1.27	1.00	2.21
Bolivia	1.85	2.59	1.52	1.25	1.27	1.37	1.74
Ecuador	1.61	1.35	1.74	1.00	1.17	1.26	1.43
Brasil	1.7	1.92	1.00	1.40	1.36	1.26	1.50
Perú	1.0	1.14	1.04	1.56	1.56	1.35	1.19
Honduras	3.0	3.0	2.69	1.89	2.01	2.44	2.65
El Salvador	2.28	2.17	2.13	2.24	1.70	1.79	2.11
Nicaragua	2.70		2.86	1.86	2.22	1.74	2.02
Panamá	1.65	2.85	1.65	1.86	2.33	1.60	1.94
Guatemala	1.05	1.00	1.62	1.46	1.96	1.37	1.32

Fuente: Elaboración propia con base en Mainwaring y Scully (1995), y Payne *et al.* (2003).

¹¹ Idéntica operacionalización que Mainwaring y Scully, incorporando un periodo de tiempo más amplio, desde fines de los años 1970 hasta fines de los 1990.

¹² Medida a través de dos indicadores: 1) Porcentaje de declinación electoral (última elección analizada) de los partidos significativos (más de 10% de escaños legislativos al comienzo del estudio) al momento de iniciar el estudio (primera elección desde la redemocratización o última elección de los años 1970); 2) Grado de cercanía declarada por los respondentes del Latinobarómetro (promedio de 1996 y 1997) respecto a los partidos políticos.

¹³ Medida a través de tres indicadores: 1) Confianza en los partidos políticos (promedio de respuestas obtenidas para cada país en el Latinobarómetro, 1996-2001); 2) Legitimidad de los procesos electorales (promedio de respuestas obtenidas para cada país en el Latinobarómetro, 1996-2001); 3) Porcentaje de la población que piensa que los partidos son indispensables para el progreso del país (Latinobarómetro 1997). Los autores no explican por qué se utilizan promedios entre mediciones de una serie de años en un caso, de dos años en otra y los resultados obtenidos en una única medición en la tercera.

¹⁴ Para otorgar igual ponderación a cada una de las tres dimensiones que incluyen en el índice (no se toma en cuenta la fortaleza de las organizaciones partidarias), Payne *et al.* realizan primero un promedio entre los indicadores asociados a una dimensión, para luego calcular un gran promedio o índice agregado. Todos los indicadores han sido previamente estandarizados en una escala de 1 a 3.

titucionalización”. El cuadro 1 presenta en detalle los componentes del índice y su operacionalización, así como los puntajes obtenidos por cada país.

Finalmente, continuando su línea de investigación previa, Mainwaring acaba de actualizar y expandir la medición de la institucionalización partidaria, embarcándose junto con Mariano Torcal (2005) en una “comparación gigante” al integrar casos de otras democratizaciones recientes (Europa del Este) y de democracias consolidadas. La evidencia recogida muestra que las nuevas democracias sufren de un síndrome endémico de baja institucionalización y sugiere que resulta improbable que los sistemas de partido incipientes de las nuevas democracias generen mayor institucionalización con el paso del tiempo. En otro trabajo reciente, Mainwaring y Zoco (2007) confirman esta afirmación al concluir que la mayor volatilidad electoral observada en las nuevas democracias es atribuible a factores genéticos y trayectorias (*path-dependent*) de larga duración.”

Con base en un gran esfuerzo de sistematización de información secundaria y datos primarios provenientes del proyecto PELA, Alcántara (2004) elabora una refinada tipología para clasificar a 63 partidos políticos (los más significativos en términos electorales en 18 países de la región). En términos teóricos, el autor sostiene que el universo partidista latinoamericano se encuentra pautado por una disyuntiva fundamental, representada por la presencia de instituciones o máquinas políticas. Según el autor, las instituciones se desvinculan progresivamente de liderazgos personalistas, realizan una apuesta clara a un programa en el que se cristaliza su orientación ideológica y se organizan en función de una serie de criterios rutinizados que guían su funcionamiento cotidiano en pos de la racionalidad y la eficacia. Las máquinas, por su parte, son vehículos temporales para liderazgos caudillistas, carecen de programa o poseen un programa pretendidamente desideologizado con base en una retórica tecnocrática o apolítica, y poseen una débil organización que resulta profundamente dependiente del liderazgo caudillista. Por tanto, intentar discernir empíricamente entre ambos tipos ideales implica observar el origen, la estructura programática y la organización de los partidos políticos.

De acuerdo con la evidencia cuidadosamente elaborada y discutida en los tres capítulos empíricos (cada uno dedicado a las dimensiones de origen, programa e ideología y organización), Alcántara concluye que los partidos políticos latinoamericanos pueden ubicarse en un continuo que discurre entre el tipo ideal de las instituciones y las máquinas, existiendo casos cercanos a ambos extremos; de forma parcialmente inconsistente con la tipología

planteada al comienzo, tanto en casos caracterizados como instituciones como en aquellos considerados como máquinas, la ideología juega un papel central siendo clave para estructurar la competencia entre partidos (discriminando entre ellos), motivar la acción política y orientar a los electores. Este hallazgo pondría de manifiesto la importancia, muchas veces subestimada en la literatura, de los componentes ideológicos en el discurso y la competencia partidista, incluso en países con sistemas de partido poco institucionalizados.¹⁵ De hecho, los casos de Argentina, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Uruguay, que muestran según evidencia independiente (por ejemplo, Payne *et al.*, 2003) niveles muy diferentes de institucionalización, se caracterizan según Alcántara por contar con altos niveles de competencia programática y polarización.

De confirmarse este hallazgo, uno de los supuestos para la presencia de “gobierno de partido responsable” en la región estaría presente (divergencia en cuanto a las preferencias programáticas de los distintos partidos políticos). No obstante, existen dos potenciales objeciones. Desde un punto de vista sustantivo, la presencia de divergencia programática entre los partidos, no implica necesariamente la presencia de las restantes dos condiciones que hacen factible el tipo de rendición de cuentas asociado al “gobierno de partido responsable”. A modo de ejemplo y recurriendo a la propia terminología de Alcántara, las instituciones partidistas tendrían mayor capacidad de asegurar la estabilidad intertemporal de sus plataformas programáticas que las máquinas electorales. Desde un punto de vista metodológico, la operacionalización de la tipología desarrollada por Alcántara, fuertemente apoyada en las respuestas de los entrevistados en la Encuesta de Élite Parlamentarias, posee algunas limitaciones potenciales, especialmente respecto a la operacionalización de las dimensiones de ideología y organización. Respecto a la primera dimensión, los parlamentarios podrían constituir una “minoría intensa” y con preferencias programáticas relativamente más cristalizadas que aquellas que poseen otros miembros de la militancia o del electorado del partido, sesgando de forma favorable la estimación de las diferencias ideológicas. Respecto a la dimensión organizativa, las respuestas obtenidas también podrían encontrarse sesgadas por un efecto de “deseabilidad social”, tendiendo a exagerar la fortaleza de la organización partidaria.

¹⁵ La estructuración ideológica es estimada por Alcántara con base en la correlación entre el posicionamiento de los líderes parlamentarios en la diada izquierda-derecha y tres ejes de conflicto: estado-mercado, progresismo-conservadurismo y orientaciones de política internacional.

También desde un enfoque institucionalista y marcando un contrapunto interesante con el trabajo de Alcántara, Coppedge (1998) ha publicado una caracterización de los cambios observados durante los últimos años, con base en una reconstrucción detallada de las características ideológicas y organizacionales de los partidos latinoamericanos.¹⁶ Uno de los méritos de este trabajo es que combina características sistémicas con análisis a nivel de partidos individuales. En términos generales, dos grandes tendencias son observables a nivel regional en el periodo que transcurre entre 1982 y fines de los 1990: a) una transición desde *partidos de masa* con fuerte énfasis en la organización, encapsulamiento y movilización de militantes hacia partidos *profesional-electorales* orientados hacia la captación de adhesiones mediante el marketing político y la cooptación clientelar de sectores sociales bajos, y b) un proceso de reemplazo de partidos tradicionales por nuevos partidos con características organizacionales más funcionales al contexto económico de crisis y austeridad. Este último proceso es caracterizado por Coppedge como un mecanismo de “darwinismo político” que genera reemplazo o adaptación partidaria y que tiende a favorecer a aquellos partidos con mejor capacidad de adaptación ante el *shock* ambiental ocurrido durante la “década perdida”, en que se combinan políticas de austeridad con el estancamiento económico. Los resultados observados en cada país difieren según el impacto combinado de diferentes condiciones iniciales, patrones de desempeño económico y capacidad de los partidos establecidos para adaptarse al *shock*. En términos generales y según el autor, el trastorno ambiental observado entre 1982 y mediados de los 1990, favoreció a los partidos de derecha o centroderecha ubicados en el gobierno (aquellos con una orientación ideológica más afín a los paquetes de austeridad predominantes), a los partidos de centro-izquierda (ubicados en la oposición y con una plataforma programática contraria a la predominante en los gobiernos de la época) y a los partidos personalistas (crecientemente orientados a una movilización antisistema con base en la explotación del descontento). En síntesis, mientras los partidos de derecha o centro-derecha se benefician de la coincidencia entre sus plataformas programáticas y las políticas económicas identificadas como solución ante la crisis de la deuda y sus múltiples manifestaciones, los

¹⁶ A partir de este estudio, Coppedge ha generado y puesto a disposición de la disciplina, una completa base de datos acerca de la trayectoria de largo plazo de los partidos políticos latinoamericanos, codificando sus características ideológicas y organizativas y consignando su trayectoria electoral.

partidos de oposición ubicados en el centro-izquierda, poseen capacidad de crecer electoralmente oponiéndose a las políticas económicas en boga y capitalizando el descontento social que generan los costos sociales del ajuste y sus magros resultados económicos durante el periodo. En aquellos sistemas en que no existen partidos de centro-izquierda institucionalizados, es más probable que surjan movimientos electorales basados en liderazgos personalistas, también orientados a la movilización del descontento respecto al *statu quo*.

Elocuentemente, Coppedge señala que de los aproximadamente 1200 partidos que compitieron en 166 elecciones legislativas durante todo el siglo XX en once países latinoamericanos, solamente quince partidos tomaron parte en todas las elecciones realizadas en su país y un 80% de ellos compitió únicamente en una elección. Los casos de Perú, Brasil, Ecuador y Bolivia destacan como aquellos sistemas con mayor inestabilidad en las formaciones partidarias. Nuevamente, los casos de Chile, Colombia, Costa Rica y Uruguay muestran configuraciones prácticamente comparables a las de 1982, en el marco de procesos de alternancia moderados y “sanos” (con la objeción del surgimiento de poderosos desafíos antisistema en el caso colombiano). Finalmente, partidos tradicionales en Venezuela (Acción Democrática y Comité de Organización Política Electoral Independiente), Argentina (Unión Cívica Radical) y México (Partido Revolucionario Institucional) sufrieron pérdidas de apoyo electoral sumamente tangibles. Mientras tanto, los “grandes ganadores” del proceso de selección han sido partidos preexistentes de “derecha” y “centro-derecha” (Partido Social Cristiano en Ecuador, Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia, Partido de Acción Nacional en México y Partido Unidad Social Cristiana en Costa Rica), con excepción del Frente Amplio (“centro-izquierda”) en Uruguay y del Partido Justicialista (“centro”) en Argentina. Lógicamente, sólo tres de los doce partidos “emergentes” con mayor éxito electoral, gobernaron en el periodo (Cambio 90 en Perú, el Partido Roldosista Ecuatoriano y el Partido por la Democracia en Chile), mientras que seis de ellos, constituían vehículos para liderazgos personalistas operando en sistemas “incipientes” o en proceso de colapso (por ej. los de Perú, Bolivia, Ecuador y Venezuela). La otra mitad incluía a colectivos de centro-izquierda, ubicados en un grupo transversal de sistemas partidarios.

En síntesis, la vertiente institucionalista ha generado un conjunto de información sistemática y rica acerca de las características “formales” de los sistemas de partido latinoamericanos, describiendo su funcionamiento en

los 1990 y principios de los 2000. Entre los hallazgos principales de esta corriente destaca haber identificado a la baja institucionalización partidaria como un elemento característico de los sistemas políticos de la región, siendo éste un déficit fundamental respecto de la capacidad de los ciudadanos latinoamericanos de acceder a representación programática vía partidos. El alto grado de dinamismo y cambio existente en los sistemas de partido de la región constituye otro hallazgo muy relevante (Coppedge, 1998), que independientemente de la presencia de estructuración programática puntual (Alcántara, 2004), atenta contra su estabilidad intertemporal y la capacidad de la ciudadanía de vincularse con los partidos con base en sus preferencias programáticas. En breve, esta literatura –con la excepción parcial de Alcántara– plantea la debilidad de condiciones necesarias para la articulación de representación política democrática tal como se la concibe desde el paradigma de “gobierno de partido responsable”, utilizado para analizar empíricamente los sistemas de representación en casos del capitalismo avanzado.

Si dichas condiciones no están presentes o se encuentran sólo parcialmente satisfechas, tanto el institucionalismo (especialmente aquel centrado en analizar instituciones formales) como el paradigma de “gobierno de partido responsable” aportan descripciones y explicaciones insuficientes. Hagopian (2006) realiza un planteo similar respecto a los estudios sobre calidad democrática en América Latina.

Por un lado, estos enfoques son insuficientes ya que no resulta conveniente asociar automáticamente alta institucionalización con grados también altos de representación programática (Kitschelt, 2000). En este sentido, aun en casos relativamente institucionalizados (Chile, Costa Rica, Uruguay), es necesario explorar cómo han evolucionado los vínculos programáticos y no programáticos entre partidos y votantes ya que es teóricamente plausible que sistemas que se mantienen institucionalizados, hayan procesado simultáneamente transformaciones significativas en cuanto a la estructuración de dichos vínculos en las últimas décadas. A modo de ejemplo, en Uruguay, el decaimiento de un sistema tradicionalmente clientelar de vinculación entre partidos y electores ante la profundización de la crisis fiscal, ha sido parcialmente sustituido por la competencia entre dos bloques partidarios (partidos tradicionales y la izquierda) con plataformas programáticas adversas en relación al conflicto estado-mercado (Luna, 2006). Dicha transformación, aunque invisible desde enfoques anclados en la evolución de indicadores de volatilidad electoral e institucionalización partidaria, posee implicancias

muy significativas para entender cómo se estructura el sistema de representación de intereses en el país.

Por otro lado, en casos en que el sistema de partidos es incipiente, tanto el institucionalismo formal (ante la presencia de baja institucionalización y mecanismos informales) como el paradigma de “gobierno de partido responsable” (ante el incumplimiento de las tres condiciones que lo hacen factible) poseen una reducida capacidad para describir y explicar qué mecanismos alternativos de vinculación entre votantes y candidatos se consolidan como equivalentes funcionales de la representación programática.

Democracias delegativas, neopopulismo y voto económico: vertientes no-institucionales en el análisis de la representación política en los 1990

A pesar del dominio casi hegemónico de la perspectiva institucionalista en el estudio de la representación durante la década, una pequeña serie de trabajos proveniente de otras perspectivas e inspirados fundamentalmente en los casos de Argentina y Perú bajo Menem y Fujimori, estimularon el debate sobre la representación política. A partir del análisis cualitativo de estos casos, los trabajos generan nuevos conceptos o revisan viejas tipologías, especificando instancias que se desvían en algunas dimensiones, del tipo-ideal correspondiente.

En primer lugar, encontramos el ya clásico artículo de O'Donnell (1994) sobre “democracias delegativas” en las que patrones neo-hobbesianos de representación se consolidan mediante la presencia de liderazgos presidenciales de corte plebiscitario. Estos liderazgos se articulan con base en un fuerte lazo de rendición de cuentas vertical entre el líder y sus representados, al tiempo que se eliminan los mecanismos de rendición de cuentas horizontal proveyendo mayor autonomía al presidente. Coppedge (2003) ha aplicado este tipo al caso venezolano luego de la consolidación del liderazgo de Hugo Chávez, al tiempo que una serie numerosa de autores describe a las democracias latinoamericanas como “delegativas”.

En segundo lugar, vinculando estos patrones de gobierno pautados también por un resurgimiento de estilos de movilización *populista* con agendas de reforma neoliberal, Roberts (1995) y Weyland (1996) señalan la consolidación de un “neo-populismo” latinoamericano articulado por parte de partidos con liderazgos personalistas que aplican las recetas del Consenso de Washington (y en este sentido, representan las preferencias programáticas de sectores altos y transnacionalizados de la sociedad) al tiempo que coop-

tan clientelaramente (mediante política social focalizada) a los sectores bajos. De esta forma se observa una inesperada afinidad electiva entre neoliberalismo y movilización populista-clientelar (Weyland, 1996).

Por su parte, Stokes (2001) analiza los drásticos giros programáticos dados tanto por Fujimori como Menem respecto a sus promesas de campaña, una vez que fueron investidos como presidentes ("*policy-switches*"). Si bien dichos giros generan problemas de credibilidad serios en los sistemas partidarios que los sufren y constituyen una falla de representación significativa, la investigación posterior de Stokes (2001) también pone de manifiesto que los "*switchers*" fueron, en primera instancia, retrospectivamente recompensados por los resultados económicos (baja de la inflación y el desempleo luego de fuertes crisis hiperinflacionarias) atribuidos a sus políticas de estabilización económica. Ante la ausencia de sistemas de partido institucionalizados capaces de proveer bases más sólidas para la obtención de representación programática o de mandato, la investigación de Stokes sugiere que al menos es posible obtener representación retrospectiva o de rendición de cuentas en la que los votantes premian o castigan a los gobernantes, de acuerdo al bienestar económico generado en el periodo previo. Esta línea de investigación ha generado un extenso programa de investigación que analiza caso a caso la incidencia relativa de este tipo de rendición de cuentas (véase, por ejemplo, Gélineau, 2002).

En general, estos estudios concluyen que un buen desempeño económico (usualmente medido a través de la inflación y el desempleo) posee un impacto significativo en la renovación del apoyo al liderazgo presidencial. Sin embargo, este tipo de representación presenta dos problemas centrales. Por un lado, en momentos de crisis económica y en sistemas donde las opciones tradicionales han sido deslegitimadas por crisis precedentes, no provee "seguros" ante los fuertes impulsos desestabilizadores que pueden introducir movimientos electorales antisistema. Por otra parte, se proporcionan incentivos para la consolidación de "ciclos políticos de la economía" en casos en que el gobierno consiga manipular a su favor el contexto macroeconómico en momentos electorales, disparando crisis más profundas en el mediano plazo.

La "Crisis de representación" y sus determinantes estructurales

Hacia fines de la década, tanto Hagopian (1998) como Roberts (2002) presentan indicadores comparados acerca de la "crisis de representación" que aqueja a la región, especialmente con base en sondeos de opinión pública,

la sistematización de información secundaria acerca de algunas características de la estructura social y el análisis de la volatilidad electoral. Según Hagopian, el “declive de la representación política” en la región estaría asociado a un proceso de de-alineamiento electoral. Este último se contrapone con un evento de re-alineamiento y se vincula a un incremento en la volatilidad electoral y a niveles más altos de abstención, junto con una caída en los niveles de identificación de los votantes con los partidos que conforman el sistema establecido. La autora ilustra estas tendencias en clave comparada, recurriendo a evidencia secundaria. El escenario emergente sería compatible con el creciente acceso de *outsiders*, independientes y líderes de la anti-política al gobierno y el correspondiente derrumbe de los partidos tradicionales, jaqueados por una consolidación de tendencias personalistas y clientelistas. Partiendo de un diagnóstico similar y desde una perspectiva explicativa, tanto Hagopian como Roberts recurren a factores estructurales para explicar estas tendencias.

Roberts (2002), presenta más explícitamente una serie de hipótesis explicativas respecto a la evolución de los vínculos entre partidos y electores en América Latina. El autor propone sustituir el concepto de “crisis de representación” por la noción de “cambio en el tipo de vínculo entre partidos, líderes y electores”. Sobre esta base propone una tipología de vínculos de representación y argumenta que la nueva “instancia crítica” pronosticada por los Collier (cuyo epítome es el desmantelamiento del modelo sustitutivo) trae consigo una profunda transformación de los tipos de vínculos predominantes. Dicha transformación, según Roberts, resulta más dramática en aquellos sistemas que tuvieron en el pasado una matriz de incorporación de sectores subalternos con alta movilización (*labor-mobilizing systems*): Venezuela, Argentina, Perú, México y Chile. Mientras tanto, los sistemas “oligárquicos” procesarían transformaciones más graduales. El autor argumenta que el cambio registrado en los vínculos entre partidos y electores resulta de la creciente fragmentación y segmentación de los grupos de interés (ilustrada, por ejemplo, a partir de la evolución de la estructura industrial y de las tasas de organización sindical), generadas por la aplicación de estrategias de reforma neoliberal, lo que impediría la articulación de acción colectiva consistente y una relación estable con el sistema de partidos. En este contexto, el relacionamiento directo entre líderes y votantes (sea a través de los medios de comunicación o a partir de intercambios clientelares) sustituye a las viejas organizaciones de partido-masa (especialmente fuertes en sistemas con alta movilización) y contribuye a un proceso de re-oligarquización de la política.

Al dar cuenta de instancias particulares de adaptación partidaria exitosa o fallida ante la nueva instancia crítica, Burgess y Levitsky (2003) analizan por su parte los procesos de adaptación exitosos del PJ y del PRI ante la nueva coyuntura crítica, junto con los fracasos del APRA y AD. Su explicación, sustentada en el análisis comparado de cuatro análisis de caso, se basa en la combinación de estímulos externos (contextos electorales y económicos de cada país) y capacidad adaptativa interna (basada en factores de organización partidaria que otorgan más o menos flexibilidad al liderazgo que intenta la adaptación).

La aparición, consolidación y acceso al poder de partidos políticos “étnicos” en la región andina constituye un desarrollo novedoso, que podría vincularse a procesos exitosos de innovación por parte de nuevos agentes políticos (Yashar, 2005; Madrid, 2005; Van Cott, 2005). Por un lado, ante el agotamiento de los partidos tradicionales, este tipo de movilización llena un déficit histórico de representación y contribuye, tal vez, a contener y canalizar el descontento anti-sistémico de sectores de la población largamente excluidos, en términos sociales y políticos. Así, es probable que la consolidación de estos partidos contribuya con importantes y positivas novedades, generando mayores grados de legitimidad y participación política en un sector social con mayores reticencias respecto al funcionamiento de la democracia en la región (Madrid, 2005). Por otro lado, es probable que los procesos de moderación ideológica y las alianzas, necesarios para competir electoralmente, junto a la eventual acción de gobierno por parte de estos movimientos, frustren las expectativas de sus adherentes (Madrid, 2005). El caso de la alianza entre Pachacutik y Lucio Gutiérrez en Ecuador ilustra estos dilemas. Por su parte, el MAS boliviano, llega al gobierno en una situación de mayor autonomía relativa dado su caudal electoral propio. Sin embargo, la superposición del clivaje étnico con la estratificación social en la región, supone la necesidad de que los eventuales gobiernos de base étnica generen procesos tangibles de redistribución de ingresos hacia los sectores sociales menos favorecidos que los apoyan. Si bien esto podría otorgar mayores niveles de estructuración ideológica a los incipientes sistemas de partidos andinos, también podría generar grados importantes de polarización socio-política.

También con foco en los países andinos y nuevamente a cargo de Mainwaring (2006), esta vez en compañía de Bejarano y Pizarro, acaba de publicarse un volumen editado cuyo propósito específico es analizar “la crisis de representación en los Andes” desde una perspectiva comparada, siendo

éste uno de los primeros trabajos en que la representación política (entendida como el vínculo entre representantes y representados) y su crisis son transformados en objeto primario de estudio. Según estos autores, las profundas fallas estatales en la provisión de bienestar a la población (en rubros como la seguridad pública, la economía, o la corrupción) y el ineficiente desempeño de los regímenes democráticos son los responsables del descrédito de la política y de los partidos tradicionales, así como del consecuente ascenso de *outsiders*. Por el contrario, los factores institucionales no parecen ser los responsables primarios de dicha crisis, en tanto distintas instituciones electorales (entre casos y a través del tiempo) se asocian a crisis de representación similares.

Por su parte, según Mainwaring *et al.*, las “tremendas asimetrías” de información existentes entre la clase política y los ciudadanos, otorgan a los primeros amplios grados de autonomía en la acción de gobierno. Si bien esto es típico de todo sistema de representación democrático (Przeworski, Manin y Stokes, 1999), el problema resulta más grave en sociedades paupadas por altos niveles de pobreza y desigualdad, donde los gobiernos poseen menos incentivos para responder a las demandas de sus electorados. En el largo plazo, este sistema de incentivos retroalimenta frustraciones y mayores niveles de ilegitimidad partidaria por parte de un electorado que se siente traicionado por la clase política.

La introducción concluye con dos implicancias comparativas. Primero, una serie extensa de trabajos previos han analizado crisis partidarias. Sin embargo, éstos se han centrado en casos del capitalismo avanzado, donde, según Mainwaring *et al.*, no existen instancias de crisis partidarias y de representación política como las que se han verificado en los Andes. Si bien los autores no fundamentan empíricamente esta afirmación y admiten como única posible excepción el caso italiano, el argumento es consistente con hallazgos previos (Mainwaring y Torcal, 2005) respecto a la mayor institucionalización y estabilidad (aun durante periodos de cambio) de los sistemas de partido europeos y la presencia de una fuerte correlación empírica entre niveles de desarrollo económico e institucionalización. Las propias características estructurales señaladas anteriormente como causas probables de la crisis de representación en los Andes, explicarían convincentemente esta divergencia entre las democracias consolidadas y aquéllas de la región. Segundo, la caída de los sistemas de representación en los Andes puede anticipar fenómenos similares en otros países de la región con características estatales, sociales e institucionales semejantes.

Finalmente, dos estudios publicados durante 2005 intentan dar cuenta de los niveles de estructuración ideológica de los sistemas de partido latinoamericanos. Por un lado, Colomer y Escatel (2005) encuentran, a partir de un trabajo empírico que compara diecisiete países de América Latina con base en datos del Latinobarómetro, niveles muy razonables de estructuración de preferencias en el eje izquierda-derecha. La estrategia metodológica aplicada por estos autores resulta de un análisis combinado de cuatro indicadores en cada país: a) el porcentaje de votantes capaces de auto-identificarse en la escala izquierda-derecha, b) la proporción de votantes que se auto-identifica (y el porcentaje de quienes no se identifican) en dicha escala y que al mismo tiempo declara que votará por un partido político en la próxima elección, c) el posicionamiento ideológico de los votantes en la escala izquierda-derecha, y d) el posicionamiento promedio de los partidos en la escala izquierda-derecha calculado a partir de la auto-identificación de quienes declaran una intención de votar por dicho partido. La triangulación y el análisis combinado de estos indicadores sugieren que los niveles relativamente altos de estructuración ideológica encontrados (en tanto un 78% de los respondientes en la región es capaz de ubicarse en la escala izquierda-derecha y en cuanto aquellos que se auto-identifican y declaran una predilección partidaria, lo hacen de forma consistente con la ubicación promedio del partido que seleccionan), conviven con altos niveles de alienación ciudadana respecto a los partidos políticos (ya que un porcentaje agregado cercano al 50% de quienes se auto-identifican en la escala ideológica no declaran predilección partidaria). Desde esta perspectiva, la crisis de representación estaría dada más por un problema de insatisfacción con la “oferta” que por una virtual incapacidad de la “demanda” de estructurar preferencias programáticas de forma consistente. Los autores también dan cuenta de un alto nivel de varianza a nivel regional, siendo nuevamente Costa Rica y Uruguay los países que poseen mayores niveles de estructuración ideológica aunados a un mayor grado de identificación partidaria. Los casos de Argentina, Colombia y Guatemala representan el escenario opuesto.

Por otro lado, un estudio, realizado en el marco de un proyecto más general, destinado a analizar los niveles de estructuración partidaria en América Latina triangulando información proveniente de la base de datos generada por la Universidad de Salamanca a través del PELA y del Latinobarómetro (Kitschelt *et al.*, en preparación), analiza específicamente los niveles de congruencia programática (de acuerdo al paradigma del gobierno de partido responsable) entre votantes y líderes de los principales partidos

políticos en nueve países latinoamericanos (Luna y Zechmeister, 2005). Este artículo construye dos estimaciones (una “conservadora” y otra “optimista”) acerca del grado de congruencia programática existente en cada caso. Ambos índices premian a aquellos casos en que los partidos poseen posicionamientos significativamente diferentes en sus preferencias programáticas en un asunto determinado, mostrando a su vez, un ordenamiento consistente entre las preferencias de los líderes de cada partido y sus electores. Mientras tanto, el índice penaliza especialmente situaciones en que la presencia de diferencias significativas entre partidos es acompañada por un ordenamiento inconsistente entre las preferencias de los votantes y sus representantes partidarios. Esta estrategia analítica es aplicada con base en un juego de once asuntos para los que se contaba con información comparable acerca de las preferencias programáticas de votantes y líderes partidarios, incluyendo actitudes frente a políticas económicas y comerciales, régimen político, gasto en defensa, corrupción y religiosidad. De acuerdo a los resultados obtenidos, hacia fines de los 1990, los sistemas partidarios de Chile y Uruguay eran los que presentaban los niveles más altos de estructuración programática (con puntajes de 6.9 y 6.5 respectivamente en la estimación conservadora y de 9 en la optimista), seguidos por Argentina (4.5 y 6.5), Colombia (2.3 y 5.5.), Brasil (1.6 y 3.5), Bolivia (1.5 y 1.5), México (0 y 2), Costa Rica (-0.1 y 3.5) y Ecuador (-0.1 y 3.5). Aunque ambos índices se encuentran significativamente correlacionados entre sí, la estimación optimista registra correlaciones más altas y significativas con variables institucionales (nivel de institucionalización partidaria: +.74), estructurales (niveles de pobreza: -.72 y desarrollo económico: +.69) y de opinión pública (legitimidad de los procesos electorales según los ciudadanos: -.68).

El estudio concluye acerca de la existencia de altos niveles de heterogeneidad (y relativa volatilidad) en términos de la fortaleza de vínculos programáticos en la región. Esto último no resulta necesariamente inconsistente con la conclusión de Colomer y Escatel (2005) citada anteriormente, en tanto lo que este trabajo analiza es el grado de sintonía programática entre el electorado y sus representantes partidarios. A su vez, a la luz de la conclusión propuesta por Mainwaring y Torcal (2005) sobre la reducida capacidad de institucionalizarse que poseen los sistemas partidarios de las nuevas democracias, la alta correlación encontrada entre estructuración programática y altos índices de institucionalización, no augura escenarios optimistas respecto a la oportunidad de obtener mayor estructuración programática en el futuro.

Esto último supondría, en tanto, la presencia de otros tipos de relación entre representantes y representados, operando como equivalentes funcionales de los escasos vínculos programáticos existentes. La equivalencia funcional, resulta obviamente parcial y genera por tanto externalidades negativas respecto a la calidad de la democracia en la región. A pesar de lo anterior, permite reconciliar la aparentemente paradójica coexistencia de una “crisis de la representación política” en un contexto de creciente estabilidad democrática. En función de esta evidencia, resulta necesario profundizar el análisis de los mecanismos que posibilitan todavía gobernar en la región. A este respecto, los estudios de caso acerca de la estructuración de redes clientelares en contextos locales o estructurales específicos resultan muy sugerentes.

Redes partidarias, “clientelismo” y gestión territorial de las políticas estatales

Hacia fines de la década e inspirados en las imprevistas afinidades electivas entre neoliberalismo y clientelismo anotadas arriba, resurge en la región el estudio de la estructuración y funcionamiento de redes clientelares con base en la utilización de programas sociales focalizados como el PRONASOL en México (Magaloni, 2005), los planes de asistencia social administrados por los gobiernos nacional y provinciales en Argentina (Gibson y Calvo, 2001; Calvo y Murillo, 2004; Brusco, Nazareno y Stokes, 2004), las campañas masivas de asistencialismo organizadas por Fujimori durante sus campañas de reelección (Schady, 2000) y más recientemente, las redes de apoyo social articuladas por Chávez, especialmente a través de los Círculos bolivarianos (Hansen, Hawkins y Seawright, 2004). Un reciente análisis sobre las campañas electorales de diputados chilenos, da cuenta de la aparición de lógicas similares en el marco de un sistema institucionalizado y relativamente programático (Díaz *et al.*, 2006).

Levitsky (2003) describe y mapea el funcionamiento de las redes partidarias del peronismo (especialmente en la provincia de Buenos Aires), proponiendo la categoría de “partido de masas populista” para describir el caso exitoso de adaptación del peronismo que durante los 1990 y mientras implementaba reformas de mercado, margina su base electoral tradicional (el sindicalismo) y construye nuevos vínculos clientelares con las clases bajas. Este desarrollo parece similar al descrito por Hansen *et al.*, para el caso venezolano, en el que Chávez margina a la CTV (ligada históricamente a AD) y organiza una base de apoyo para la creación y penetración de organiza-

ciones sociales y barriales preexistentes en los sectores más pobres del país. Roberts (2006) ha catalogado esta modalidad como “populismo cívico” en oposición a las vertientes corporativas de los regímenes nacional-populares. Mientras tanto, los trabajos liderados por Stokes y sus colaboradores intentan especificar bajo qué condiciones operan las transacciones clientelistas y de patronaje en el sistema político argentino. Estos autores, así como Magaloni, Díaz-Cayeros y Estévez para el caso mexicano (2006), confirman el hallazgo clásico acerca de la mayor penetración de estas redes en los sectores pobres de la sociedad, para quienes los beneficios marginales obtenidos al entrar al pacto clientelar intercambiando la promesa de apoyo electoral por bienes (relativamente “baratos” desde el punto de vista del patrón) son mayores y más significativos.

Mientras tanto, ambos grupos de autores señalan la presencia de estrategias racionales de focalización del clientelismo hacia distritos en los que existe un moderado riesgo electoral para el partido-máquina y en los que la masa de votantes volátiles (de clase baja) vuelve rentable la inversión. Por esto mismo, los partidos-máquina no invierten en distritos donde corren con ventajas o desventajas “indescantables” ni en transacciones clientelistas (más allá de una “ración de mantenimiento”) con sus militantes más leales. Finalmente, el trabajo en solitario de Stokes (2005) presenta un modelo formal y evidencia empírica (con base en un trabajo de campo que incluye observación participante y entrevistas, junto con la sistematización y análisis estadístico de información secundaria) acerca de la forma en que los partidos-máquina como el peronista pueden solucionar los problemas de credibilidad que implica toda transacción clientelar, en contextos donde parecerían existir garantías respecto al secreto del voto. Según la evidencia de la autora, los partidos utilizan una serie de mecanismos que permiten monitorear a sus clientes consolidando un sistema de “rendición de cuentas perverso”. Entre éstos, el más trascendente en el caso argentino resulta de la fuerte penetración por parte de los punteros peronistas del entramado social en los estratos pobres. Esto les permite identificar y castigar a los votantes desleales, quienes por ejemplo pierden el acceso a sus “beneficios sociales” o a las redes de gestión de favores. El grado diferente de penetración de redes sociales con que cuentan los partidos que compiten en un mismo sistema explicaría por qué, más allá del rendimiento electoral del clientelismo, algunos partidos se especializan en este tipo de vinculación mientras otros realizan campañas “por aire” y no “por tierra”. Por su parte, Magaloni, Díaz-Cayeros y Estévez (2006) proponen un esquema de inversión electoral con diversi-

ficación de portafolio, señalando que un mismo partido utiliza estrategias segmentadas para relacionarse con distintas bases electorales.

Adicionalmente, el análisis de Schady (2000) sobre el caso peruano y la comparación propuesta por Roberts (2006) respecto al “populismo histórico” y los liderazgos “populistas” de Chávez y Fujimori ilustran una diferencia clave. Mientras Fujimori no invirtió en crear una maquinaria partidaria propia, relanzando en cada campaña un nuevo vehículo electoral, Chávez ha invertido recursos significativos en una organización de masas para apoyar e institucionalizar su liderazgo. Según Roberts, esta diferencia responde a los incentivos que genera el contar con una oposición activa en el marco de un proceso de polarización fuerte como el que vive Venezuela, ante el cual, el liderazgo de Chávez debe consolidarse. En tanto, la diferencia fundamental entre la organización populista creada por Chávez y el populismo clásico radica en que la primera no se articula mediante arreglos corporativos de inclusión de la clase trabajadora organizada, sino en un conjunto más plural y fragmentado de organizaciones y movimientos sociales y del sector informal. Por su parte, el caso de Fujimori ilustra la alta volatilidad que poseen liderazgos hegemónicos no institucionalizados, cuando enfrentan crisis económicas o escándalos.

Asimismo, el estudio de Sives (2002) sobre el clientelismo barrial en Jamaica ilustra las potenciales externalidades positivas que genera el clientelismo ante la baja capacidad del estado y la presencia de importantes desafíos a su soberanía. En este sentido se verifica una creciente competencia (y reemplazo) de los “brokers” partidarios por parte de líderes mafiosos, usualmente vinculados al narcotráfico. El estudio sugiere que a partir de la reforma del estado y el deterioro de los vínculos clientelares que mantenían el tradicional sistema de partidos jamaicano legitimado en los sectores bajos de la sociedad, se produjo un cambio de “patrón”, en virtud de la mayor capacidad de los “dones” de la droga para proveer bienestar a sus “clientelas” barriales. Esta transición se asocia, a su vez, a una pérdida mayor de soberanía del estado en ciertas áreas del territorio local y a la creciente ocurrencia de protestas sociales masivas durante momentos de crisis y especialmente, durante enfrentamientos entre el estado y los narcotraficantes.

Dentro de la literatura sobre clientelismo, los estudios acerca de la articulación de liderazgos y redes de poder local que operan en el marco de estructuras sociales deterioradas, también han contribuido a contrastar las expectativas generadas en torno a los procesos de descentralización y empoderamiento local y sus resultados. Contraviniendo las expectativas previas,

dichos procesos parecen haber contribuido a reforzar una reproducción territorial de las desigualdades y la consolidación de nuevos caciquismos locales (véase por ejemplo: Fox, 1994; García Guadilla, 2002; Barozet, 2003; Gibson, 2004). Esta serie de trabajos plantea la necesidad de volver a analizar “instituciones informales”, a partir de estudios de caso con fuerte inserción en terreno.¹⁷

Vínculos entre votantes y candidatos: una tipología para los casos latinoamericanos

La revisión realizada hasta aquí sugiere que los estudios disponibles acerca de la representación política en la región han sido capaces de diagnosticar con precisión la debilidad de condiciones necesarias para la articulación de vínculos programáticos entre partidos y ciudadanos tal como se los concibe desde el paradigma de “gobierno de partido responsable”. En este contexto, parece apropiado plantear una tipología capaz de proveer un marco analítico adecuado para investigar las características actuales de los vínculos que tienen lugar hoy en día en América Latina.

La caracterización de vínculos (*linkages*) entre un votante y el candidato o partido originalmente propuesta por Kitschelt (2000) supone un punto de partida apropiado para avanzar en dicha dirección; esto lo retomaron Kitschelt y Wilkinson (2006). No obstante, la revisión bibliográfica anterior sugiere la necesidad de complementar dicha tipología incorporando, al menos, dos dimensiones adicionales con vistas a su aplicación a casos de la región. Por un lado, resulta necesario analizar la distribución de tipos de vínculo diferentes al interior de la sociedad, teniendo especial cuidado en reconstruir instancias en las que un mismo partido posee vínculos heterogéneos con segmentos diferentes de sus bases sociales, los que a su vez, pueden o no generar sinergias positivas.¹⁸ En este sentido, no resulta conveniente tratar de forma

¹⁷ Véase Helmke y Levitsky (2003) por una fuerte argumentación en este sentido junto con una revisión de la literatura, un esfuerzo de clarificación conceptual y una agenda de investigación.

¹⁸ Esto supone contravenir uno de los supuestos explícitamente planteados por Kitschelt (2000) acerca de la existencia de situaciones dilemáticas entre vínculos de distinto tipo. En este caso, parece conveniente levantar dicho supuesto, planteando en términos teóricos la posibilidad de que incluso un mismo partido combine de forma eficiente vínculos de distinto tipo con segmentos específicos de su base electoral, particularmente en el momento electoral.

CUADRO 2. Tipología de vínculos electorales entre candidatos y votantes

		¿Compite en función de movilización de clivajes (socioeconómico, étnico) o conflictos programáticos?			
		Sí	No		
		Nivel de agregación de intereses sociales			
Partido institucionalizado		Individual	Colectivo	Individual	Colectivo
Sí		Vínculos programáticos y partidarios a nivel individual (i)	Vínculos programáticos y partidarios a nivel colectivo (ii)	Vínculos partidarios no programáticos a nivel individual (iii)	Vínculos partidarios no programáticos a nivel colectivo (iv)
No		Vínculos programáticos no partidarios a nivel individual (v)	Vínculos programáticos no partidarios a nivel colectivo (vi)	Vínculos no partidarios y no programáticos a nivel individual (vii)	Vínculos no partidarios y no programáticos a nivel colectivo (vii)

unificada la estrategia de vinculación con que cuenta un partido, sino que es preciso admitir su eventual heterogeneidad con relación a distintos segmentos electorales. Por otro lado, en un contexto como el latinoamericano, también es necesario prestar atención a la estabilidad temporal del vínculo en cuestión. En otras palabras, es necesario analizar si se trata de vinculaciones coyunturales estimuladas por un determinado contexto, o dependen en realidad de vínculos más estables, basados en la presencia de fuertes subculturas partidarias, vínculos programáticos, o el encapsulamiento corporativo o clientelar de un segmento electoral.

Adicionalmente, también parece razonable distinguir dos momentos relevantes para la observación de la variable dependiente. En un primer momento y desde una perspectiva más coyuntural, es posible analizar la estructura y distribución de vínculos que hacen posible que un determinado candidato/partido llegue al poder, a través de la obtención de una mayoría electoral. En un segundo momento, es necesario analizar cómo, una vez instalados en el poder, los distintos actores gobernantes intentan institucionalizar su poder y consolidar su base de apoyo social. La relación entre la articulación de vínculos entre votantes y candidatos (primer momento), y aquella que se produce entre gobernantes, oposición y sus respectivas bases electorales (segundo momento) es necesariamente problemática y potencialmente conflictiva.

El cuadro 2 propone una tipología de la variable dependiente basada en tres dimensiones: el nivel de institucionalización partidario, la estructuración de la competencia con base en movilización de clivajes o conflictos políticos salientes y el nivel en que se agregan intereses (individual o colectivo) en cada vínculo.

El tipo I supone la presencia de votantes que estructuran vínculos programáticos con un partido institucionalizado, aunque lo hacen a nivel individual. El tipo II se configura ante la presencia de una pluralidad de instituciones intermedias que agregan intereses y articulan una relación más estable con el partido, con base en plataformas compartidas y vínculos relativamente institucionalizados en el tiempo, que resultan funcionales a la estructuración programática de la competencia entre partidos. Dada la revisión bibliográfica realizada arriba, es posible formular como hipótesis la relativa escasez de este tipo de instancias en la región. En el tipo III el vínculo se estructura a nivel individual y con un partido institucionalizado, pero a partir de transacciones racionales no programáticas, como transacciones clientelares o la identificación con subculturas partidarias. Mientras

tanto, en el tipo IV, los vínculos clientelares se estructuran con un partido institucionalizado y a nivel colectivo, sea en un plano local (*pork-barreling, constituency service*) o a nivel de grupos de interés específicos. El tipo V corresponde a un vínculo en que los partidos constituyen vehículos electorales para liderazgos personalistas, los que no obstante, estructuran un discurso programático para vincularse con un electorado atomizado. La movilización neopopulista y la aplicación de técnicas de marketing político masivo son elementos frecuentemente asociados a este tipo. Aunque atípico, el vínculo correspondiente al tipo VI se produce cuando un movimiento social, sin haber desarrollado una estructura partidaria paralela, compite electoralmente apoyado en la movilización de clivajes o conflictos programáticos. El caso del MAS en Bolivia, constituye tal vez la instancia reciente más cercana a este tipo. Finalmente, los tipos VII y VIII se estructuran también apoyados en liderazgos personalizados, pero en estos casos, en ausencia de conflictos políticamente movilizados. En el primero de estos tipos, las características personales del candidato constituyen la base para la adhesión electoral que se produce de forma atomizada. En el segundo, en tanto, el candidato posee una relación privilegiada con grupos de interés específicos y colectivamente estructurados.

La siguiente sección describe en detalle las características de una posible estrategia de investigación destinada a abordar empíricamente la presencia y distribución de cada tipo de vínculo en el marco de estudios comparativos. Allí se argumenta que en términos de descripción empírica resulta necesario recurrir a diseños comparativos multi-nivel y a la triangulación de fuentes de información y técnicas de análisis de diferente tipo. En paralelo, el enfoque teórico destinado a explicar la prevalencia de uno u otro tipo, requiere también de importantes dosis de eclecticismo y de la exploración de patrones causales de naturaleza coyuntural o contextual ya que, en términos hipotéticos, los tres criterios utilizados para la construcción de esta tipología se relacionarían con factores causales diferentes.

Por un lado, el nivel de agregación de intereses predominante dependerá especialmente de la economía política de las reformas institucionales y de mercado implantadas en cada país y más directamente, de sus impactos sobre las estructuras social y estatal. A modo de ejemplo, si bien en casos como el venezolano los bienes estatales continúan proveyendo bases para la institucionalización de lealtades políticas, en otros, la anemia estatal ha generado el declive de partidos clientelares que operaban en función de distribuir bienes estatales desde el gobierno (Uruguay). Por su parte, en casos

con alta incidencia de políticas privatizadoras y de concesión, o con fuerte penetración de redes locales por parte de organizaciones delictivas, es factible encontrar actores no estatales proveyendo, a cambio de contrapartidas otorgadas por actores capaces de influir políticas de estado, los bienes necesarios para cimentar clientelas. Adicionalmente, mayores grados de avance en el proceso de reformas de mercado tenderán a correlacionar con niveles más altos de fragmentación y debilidad de las organizaciones sociales, reforzando un proceso de individualización y localización de los vínculos entre partidos y votantes (Roberts, 2002).

Finalmente, bajo un formato de estado nacional centralizado los líderes locales debían articularse con el centro (el que poseía por tanto un fuerte poder disciplinador) para obtener recursos y mantener así su liderazgo (Valenzuela, 1977). En países que han procesado importantes reformas descentralizadoras y en los que los movimientos sociales locales no han logrado evitar la cooptación por parte de caudillos locales (frecuentemente en contextos sociales deprimidos), se han consolidado sistemas neofeudalistas y personalistas de gestión. A causa del propio proceso de descentralización estos liderazgos poseen en dichos casos mayor autonomía respecto a corrientes nacionales, generando una proliferación de caudillismos independientes y fuertemente personalistas, con capacidad de negociar y condicionar el apoyo de “su” maquinaria electoral a líderes nacionales. Esto dificulta por tanto, la estructuración de redes partidarias nacional-locales.

En síntesis, tanto el grado y tipo de articulación de actores colectivos intermedios (¿quiénes permanecen organizados y con capacidad de vincularse colectivamente a los partidos?), como la disponibilidad y el tipo de bienes divisibles a ser distribuidos políticamente por medio de emprendedores políticos (desde subsidios y políticas sociales destinados a grupos relativamente amplios hasta cajas de comestibles destinadas a votantes individuales), constituyen mecanismos causales clave que median la relación entre la economía política de las reformas de mercado e institucionales y el tipo de vínculo predominante. Por tanto, un enfoque de economía política acerca de la estructuración y distribución social de la acción colectiva en las sociedades latinoamericanas contemporáneas resulta fundamental, para luego analizar cómo individuos o grupos que ocupan posiciones divergentes en la estructura social se vinculan con los partidos, los candidatos y/o las redes de mediación, sea en momentos puntuales o bajo condiciones de institucionalización (frecuentemente “informal”).

La presencia de conflictos programáticos movilizados (especialmente con base en el clivaje socioeconómico) también resultaría parcialmente dependiente de los impactos estructurales de los procesos nacionales de implementación y desmantelamiento del modelo sustitutivo y de sus consecuencias respecto a la configuración de actores sociales y a la capacidad, parcialmente endógena a las estrategias partidarias, para movilizar conflictos salientes mediante la promoción de políticas que protegen a grupos de interés determinados (por ejemplo, a los “perdedores” y “ganadores” del proceso de reforma). En condiciones de *ceteris paribus*, es de esperar que aquellos casos en que la reforma económica se procesa luego de la democratización, muestren niveles mayores de movilización programática en torno al clivaje socioeconómico que en los que la reforma fue implantada por el régimen autoritario que precedió a la transición (Hagopian, 2002).

No obstante, la movilización programática en torno a otros clivajes deriva de procesos sociopolíticos de largo plazo como la presencia de conflictos étnicos o regionales, pasibles de ser movilizados por partidos o candidatos. En este caso, las perspectivas histórico-institucionales resultan promisorias para explicar la presencia o ausencia de conflictos programáticos movilizados.

Finalmente, el grado de institucionalización partidaria depende de la trayectoria de largo plazo del sistema de partidos y de su transformación reciente, durante el periodo de “darwinismo” partidario. También en este caso los enfoques histórico-institucionales resultan particularmente útiles, para estructurar explicaciones acerca de la presencia o ausencia de actores partidarios institucionalizados y para explicar qué tipo de agente político predomina en cada caso, como resultado de procesos de colapso, adaptación o surgimiento de nuevos actores.

Más allá del interés específico que el análisis particular de cada una de estas dimensiones despierte, desde el punto de vista de la representación política, resulta imprescindible analizar qué configuraciones emergen en cada caso al combinar los valores que resultan del análisis simultáneo de las tres dimensiones implicadas en la tipología. Adicionalmente, en tanto al competir en el marco de estructuras sociales segmentadas los partidos y candidatos exitosos suelen combinar estrategias de distinto tipo para conseguir la adhesión de diversas bases electorales con el objetivo de consolidar una coalición suficientemente amplia que sustente el éxito electoral, también resulta imprescindible explorar dos implicancias adicionales.

Por un lado, en cada caso existirán grados de sinergia diferentes entre las estrategias utilizadas por un mismo partido en distintos segmentos sociales.

A modo de ejemplo, un partido con vínculos programáticos con sectores empresariales puede intercambiar su promesa de representación por el acceso a bienes pasibles de ser distribuidos clientelarmente en segmentos bajos del electorado. En este caso, característico de partidos de orientación liberal que han desarrollado a su vez liderazgos populistas, la sinergia es positiva. Mientras tanto, también podría pensarse en escenarios de diversificación electoral por parte de partidos de izquierda con fuerte inserción orgánica en el movimiento sindical donde predominan sectores estructurados en torno al antiguo modelo sustitutivo. El corrimiento hacia el centro del espectro ideológico y el desarrollo de nuevas tácticas electorales, necesarios para captar otros sectores no vinculados históricamente al partido (sector informal, clases medias, etcétera), podría generar conflictos significativos en la interna del mismo, creando sinergias negativas.

Por otro lado, una vez en el gobierno, la composición de la base social del partido o candidato gobernante y la estructuración de sus vínculos electorales con dichas bases sociales podría generar tensiones, introduciendo desafíos importantes de cara a la consolidación e institucionalización del apoyo electoral. Dichos desafíos dependerán en parte de la propia heterogeneidad y estructura de vinculación con la base social y en parte, de una serie de variables que afectan específicamente la capacidad de sostener cada tipo de vínculo desde el gobierno en virtud de las características particulares de cada caso (desempeño económico, capacidad fiscal, presencia de escándalos, desempeño relativo de gobiernos previos y carácter de las expectativas predominantes en el electorado, tipo y fortaleza de la oposición, etcétera).

Si bien no es posible realizar aquí un análisis sistemático de distintos escenarios en este segundo momento de la vinculación entre gobernantes, oposición y sus respectivas bases electorales, sí lo es ejemplificar algunas instancias en que se observarían grados significativos de tensión. Por ejemplo, la presencia de vínculos clientelares estructurados en función de la redistribución masiva de bienes con financiamiento estatal hacia un segmento social determinado generará problemas de sustentabilidad fiscal, volviendo inviable la permanencia simultánea de vínculos no clientelares con otro segmento de la ciudadanía interesado en el desempeño de la economía. Mientras tanto, si se opta por financiar los vínculos clientelares a partir de la obtención irregular de fondos o por medio de bienes suplidos por privados, la probabilidad de observar “escándalos políticos” que alienen a otros segmentos de la base social preocupados por la calidad de la democra-

cia también aumenta. En otros casos y especialmente en contextos de fuerte restricción fiscal, un partido gobernante que posea relaciones orgánicas con una base electoral heterogénea cruzada por conflictos distributivos, podría encontrar dificultades al intentar satisfacer de forma balanceada los compromisos programáticos o de redistribución de rentas asumidos desde fuera del gobierno con distintas organizaciones al interior de su base de apoyo.

La presencia de este tipo de tensión, tal vez contribuya a generar aun mayor discontinuidad en la estructuración de vínculos entre un partido y distintos segmentos de la sociedad, lo que resulta consistente con la evidencia acerca de la alta volatilidad electoral observada en la región. En este sentido, es posible que un partido que llega al gobierno con una base electoral determinada en función de vínculos de cierto tipo, intente compensar su incapacidad de institucionalizar su apoyo mediante el desarrollo de vínculos alternativos, por ejemplo, cooptando clientelarmente a una base social a la que no puede satisfacer por vía de la implementación de políticas públicas. También, el gobierno puede reaccionar ante la alienación de su base previa mediante la penetración de nuevos segmentos electorales con los cuales anteriormente no poseía vinculación significativa; por ejemplo, como resultado de un *policy-switch* o a partir de la generación de procesos de *policy-feedback* de los que deriva a su vez, la organización de un segmento social que previamente se encontraba atomizado (por ejemplo, organizaciones del sector informal al convertirse en beneficiarias de fondos de política social focalizada).

Con base en la tipología discutida aquí, la siguiente sección delinea algunas claves y desafíos para el desarrollo de un programa de investigación centrado en identificar y explicar las actuales características de la representación en América Latina, analizando en particular, la estructuración y distribución social de vínculos entre partidos, candidatos y votantes.

Claves y dilemas para el desarrollo de una nueva agenda de investigación

Metodológicamente, el principal desafío para desarrollar este programa de investigación consiste en lograr un compromiso entre estudios de caso, ricos en su especificidad pero sobre instancias particulares, y un análisis comparado que logre ir más allá de un nuevo recuento de indicadores agregados sobre las variables acerca de las que existe información compa-

table (en su mayoría provenientes de estudios de opinión pública o institucionales). En otras palabras, la propia fragmentación y complejidad del objeto de estudio deriva en la consolidación de modos y equilibrios de representación muy divergentes, incluso al interior de una misma sociedad; introduciendo un desafío fundamental respecto a la capacidad de la disciplina de realizar estudios comparados sobre esta problemática, logrando simultáneamente grados razonables de capacidad explicativa, parsimonia y potencial de generalización.

A su vez, las investigaciones actualmente disponibles acerca de fenómenos relativos a la representación política y sus condicionantes presentan tres limitaciones fundamentales: a) un casi exclusivo foco en el nivel nacional, b) la utilización predominante de indicadores cross-nacionales comparados o de estudios de caso de N-pequeño (usualmente 1, frecuentemente centrados en un partido o movimiento político), y c) la aplicación –fundamentalmente en los estudios comparados– de una perspectiva temporal sincrónica. Aunados a un marco teórico que privilegia la observación de instituciones formales (dejando de lado factores socio-estructurales, instituciones informales y variables cuyo efecto causal se ejerce mediante secuencias temporales de larga duración), estas limitaciones oscurecen cuatro posibles características de la configuración de vínculos entre votantes y candidatos. Dichas características, las que por el momento deben ser tratadas como hipótesis (descriptivas), se desarrollan a continuación. En cada caso se proponen herramientas de investigación para intentar su corroboración empírica.

En primer lugar, es posible que distintos sectores y segmentos sociales estructuren vínculos muy diferenciados con sus representantes. La presencia de un patrón socialmente segmentado de vinculación entre partidos y sociedad puede ser subestimada a partir del análisis comparado de indicadores agregados, orientados a identificar diferencias promedio entre casos, encubriendo la presencia y la extensión de heterogeneidad social en la construcción de vínculos. Por tanto, es necesario ir más allá del análisis comparado de indicadores “nacionales”. La realización de encuestas de opinión en que se midan preferencias programáticas y perfiles socioeconómicos de los votantes utilizando al mismo tiempo muestras suficientemente grandes para posibilitar una segmentación de la información según cortes multidimensionales aportaría un instrumento de investigación clave para la evaluación empírica de esta hipótesis. Este tipo de instrumento permitiría, por ejemplo, abordar multidimensionalmente la relación entre la identificación partidaria, las características sociales del encuestado, su pertenencia regional

y sus preferencias programáticas o actitudes frente al liderazgo político. En virtud de los altos niveles de alienación partidaria presentes en la región, también es necesario incorporar explícitamente un análisis paralelo del grupo de votantes que no se identifica o vota por un partido político o candidato. ¿Se trata éste de un grupo con preferencias programáticas difusas o de grupos con perfiles ideológicos bien definidos? ¿Se ubican en segmentos específicos de la ciudadanía o se trata de grupos socialmente heterogéneos? Esta estrategia de análisis también posibilitaría seleccionar “segmentos sociales” que muestren patrones de estructuración programática divergentes, para luego desarrollar estudios de caso en terreno, destinados a analizar la estructuración de vínculos no programáticos.

En segundo lugar, es posible que distintos partidos o candidatos se especialicen en explotar nichos específicos del electorado, pautados por tipos particulares de vinculación con la ciudadanía. La comparación entre los perfiles socioeconómicos y programáticos de las bases sociales de distintos partidos o candidatos, también a partir de encuestas de opinión pública, con muestras que otorguen suficiente poder estadístico para la realización de segmentaciones multidimensionales resulta una estrategia de análisis apropiada. No obstante, la especialización de partidos y candidatos en tipos de vínculo socialmente segmentados supone también la presencia de matrices organizativas, modos de competencia electoral y sistemas de financiamiento potencialmente divergentes dentro de cada sistema. A modo de ejemplo, es posible que en determinados sectores del electorado, el rendimiento relativo de campañas electorales puntuales en comparación con vínculos permanentes (sean estos programáticos o no programáticos) influya en grados diferentes sobre la adhesión electoral. Adicionalmente, es posible que independientemente de su eficiencia relativa, las campañas electorales posean características diferentes en segmentos específicos del electorado. Por tanto, los estudios de caso enfocados en el análisis de la organización y las estrategias partidarias resultarán útiles, tanto para identificar el grado en que existen patrones segmentados, cuanto para describir los patrones de vinculación que predominan en cada caso. También podrán contribuir identificando las ventajas y debilidades que enfrenta cada partido o candidato (en virtud de sus características organizacionales y del tipo de recurso simbólico y/o material con que cuenta) para competir en diferentes tipos de nicho electoral.

En tercer lugar, el mismo partido o candidato, enfrentando distintas situaciones estratégicas (a nivel distrital, sub-nacional, o en nichos sociales es-

pecíficos) podría implementar tipos de vinculación diferentes. Esto último pone en cuestión el supuesto de Kitschelt (2000) acerca de la necesaria contradicción entre vínculos alternativos (programáticos, no programáticos, o carismáticos). En un contexto de alta segmentación social y en presencia de mecanismos de financiamiento electoral no necesariamente basados en la provisión estatal (sino por ejemplo, en estrategias irregulares de financiamiento), es posible que un partido pueda combinar exitosamente vínculos de distinto tipo al competir en contextos sociales o subnacionales socialmente distantes. En dicho caso, resultaría particularmente propicio contar con estudios de caso acerca del tipo de vínculo que se estructura entre un mismo partido y segmentos del electorado con perfiles sociales y programáticos diferenciados, analizando a su vez, cómo las características del partido influyen en la capacidad de sostener exitosamente estrategias de vinculación segmentadas y potencialmente contradictorias.

Finalmente, dada la alta volatilidad de los sistemas de partido latinoamericanos, también es factible que las estrategias de vinculación evolucionen de forma más dinámica que en casos del capitalismo avanzado. A su vez, dadas sus propias características, ciertos vínculos (fundamentalmente aquellos estructurados por partidos institucionalizados) tenderían a poseer mayor estabilidad que otros. Por tanto, resulta necesario incorporar al análisis una perspectiva diacrónica. En este sentido, contar con estudios de opinión pública comparables a través del tiempo, junto con seguimientos diacrónicos acerca de la vinculación entre sectores sociales o entidades sub-nacionales con partidos o candidatos a través de estudios de caso también resultaría particularmente útil.

En síntesis, para lograr describir de forma más satisfactoria los vínculos entre partidos, candidatos y distintos sectores sociales, sería necesario contar con la posibilidad de triangular múltiples estudios de caso con análisis de opinión pública que permitan explorar la configuración social y los perfiles ideológicos de distintos sectores del electorado, junto con su evolución temporal. En particular, los diseños comparativos multi-nivel constituyen una estrategia metodológica particularmente apropiada para analizar esta problemática en tanto, dependiendo de la selección de casos, permiten realizar una serie de comparaciones controladas: entre partidos ubicados en el mismo sistema, entre partidos con características similares que compiten en sistemas diferentes, entre grupos sociales con características similares situados en contextos nacionales y competitivos divergentes, entre segmentos electorales al interior de cada caso, o entre casos.

Conclusión

Para concluir este ensayo, resulta necesario justificar la pertinencia de un programa de investigación centrado en la representación política. En este sentido, es preciso evaluar su capacidad para aportar perspectivas novedosas sobre preguntas de investigación actualmente relevantes. Con el objetivo de ilustrar su potencial, se especula a continuación acerca de los eventuales aportes que una perspectiva teórico-metodológica como la propuesta en las dos secciones anteriores podría generar respecto al análisis del reciente crecimiento de la “izquierda” en América Latina.

En los últimos años se ha verificado en América Latina un “(re)surgimiento de la izquierda”. Paradójicamente, dicho auge se produce en un contexto social y estructural que hasta no hace mucho era descrito como causante de la incapacidad de los sectores populares de organizarse, generar acción colectiva y canalizar sus intereses por intermedio de partidos con plataformas programáticas afines (Huber y Stephens, 1999; Weyland, 2005). La evidencia disponible sugiere que dichas condiciones estructurales no han cambiado significativamente y de forma homogénea en casos que sin embargo, viven hoy el ascenso de la izquierda. No obstante, habiendo canalizado el descontento social generado por la “segunda media década pérdida de los 1990” desde la oposición (a excepción del caso chileno), la izquierda latinoamericana parece haber resurgido, en torno a instancias de movilización carismática encarnada en líderes tales como Lula da Silva, Hugo Chávez, Tabaré Vázquez o Evo Morales.

Sin embargo, si bien las renovadas y las nuevas fuerzas de izquierda de la región convergen en esta dimensión (haber construido un fuerte liderazgo basado en movilizar el descontento social generado por la crisis económica), resultan sumamente divergentes en muchos otros aspectos, que generan dudas razonables acerca de si resulta útil analíticamente referirse a “la izquierda latinoamericana” o intentar siquiera definir “¿qué significa ser de izquierda hoy en América Latina?” Puesto en otros términos, si olvidamos momentáneamente la referencia a sus características ideológicas consensualmente identificadas como de derecha, ¿resulta muy diferente el ascenso vertiginoso de la UDI bajo el liderazgo de Joaquín Lavín en Chile durante la crisis económica que tuvo lugar entre 1998 y 2001 del de otros liderazgos “de izquierda” que llegan al poder a partir de 2002? ¿La mecánica de estructuración desde el gobierno de las bases de apoyo del Presidente colombiano Álvaro Uribe difiere significativamente

respecto de casos “populistas de izquierda” como el de Hugo Chávez en Venezuela?

Simultáneamente estas “izquierdas” poseen matrices organizacionales y de relación con la sociedad civil muy divergentes entre sí. Por ejemplo, mientras el PT y el FA provienen de una matriz organizacional con fuerte peso del sindicalismo (y del movimiento social en el caso del PT) avanzando gradualmente en el electorado popular no organizado (frecuentemente apoyado en gobiernos locales), otros liderazgos se articulan a partir de un movimiento social más espontáneo, usualmente a partir de crisis fuertes de legitimidad, en ausencia de un sistema de partidos operativo y con menor institucionalización de la relación entre el “movimiento electoral” y la sociedad civil organizada. El liderazgo de Chávez por su parte, se construye desplazando organizaciones de sociedad civil tradicionales y construyendo un andamiaje de apoyo paralelo.

En este contexto, un énfasis analítico centrado en explorar la estructura de la representación política (mapeando el tipo de vínculo existente entre distintos segmentos de la ciudadanía y los distintos liderazgos y partidos de izquierda) resultaría analíticamente rendidor. En particular, dicho enfoque permitiría pensar el problema desde la siguiente pregunta: ¿cómo distintos liderazgos (más o menos partidarios, con bases más o menos institucionalizadas) logran generar y eventualmente mantener coaliciones electorales suficientemente amplias como para ganar elecciones y gobernar, operando en muchos casos en contextos de creciente debilidad estatal y en el marco de sociedades profundamente fragmentadas, pautadas hasta el momento por una presencia masiva de descontento social? Planteada de esta forma, la investigación también permitiría explorar qué implicancias poseen las divergencias identificadas entre casos para entender problemas relativos a la calidad de la democracia o para explicar énfasis y desempeños diferentes en cuanto a la formulación de políticas públicas.

En definitiva, en el marco de una democracia representativa los partidos políticos proveen un puente esencial entre estado y sociedad, haciendo factible la gobernabilidad democrática, contribuyendo a generar vínculos de rendición de cuentas y responsabilidad, e intentando implementar el ideal de “una persona, un voto”. El enfoque propuesto al final de este ensayo busca aportar claves para identificar y analizar los mecanismos de intermediación que distintos líderes políticos de la región intentan articular actualmente, para ganar elecciones y gobernar compitiendo en el contexto de una sociedad crecientemente fragmentada y pautada por una profunda debili-

dad de las instituciones estatales y partidarias. Si las fallas de representación política constituyen uno de los obstáculos fundamentales para lograr una mejor calidad democrática en la región, el desarrollo de un programa de investigación como el que aquí se propone tal vez pueda contribuir con nuevas perspectivas sobre una problemática tan relevante para los países de América Latina. **Pg**

Referencias bibliográficas

- Adams, J. (2001), *Party Competition and Responsible Party Government*, Ann Arbor, Michigan University Press.
- Agüero, Felipe (1998), "Conflicting Assesments of Democratization: Exploring the Fault Lines", en Felipe Agüero y Jeffrey Stark (eds.), *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Miami, North-South Center Press.
- Alcántara Saéz, Manuel (2004), *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Auyero, Javier (2002), *Poor People's Politics*, Durham, Duke University Press.
- Barozet, Emmanuelle (2003), "Movilización de recursos y redes sociales en los neopopulismos: hipótesis de trabajo para el caso chileno", *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, núm. 1, pp. 39-54.
- Brusco, Valeria; Nazareno, Marcelo y Stokes, Susan (2004), "Vote-Buying in Argentina", *Latin American Research Review*, vol. 39, núm. 2, pp. 66-88.
- Burgess, Katrina y Levitsky, Steven (2003), "Explaining Populist Party Adaptation in Latin America. Environmental and Organizational Determinants of Party-Change in Argentina, Mexico, Peru and Bolivia", *Comparative Political Studies*, vol. 36, núm. 8, pp. 881-911.
- Calvo, Ernesto y Murillo, María Victoria (2004), "Who Delivers? Partisan Clients in the Argentine Electoral Market", *American Journal of Political Science*, vol. 98, núm. 4, pp. 742-57.
- Cavarozzi, Marcelo; Cleaves, Peter; Garretón, Manuel Antonio; Gerreffi, Gary y Hartlyn, Jonathan (2003), *Latin America in the Twenty-First Century. Toward a New Sociopolitical Matrix*, Boulder, Lyne Rienner.
- Collier, David, y Collier, Ruth (1991), *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press.

- Colomer, Josep y Luis Escatel (2005), “La dimensión izquierda-derecha en América Latina”, *Desarrollo Económico*, vol. 45, núm. 177, pp. 123-136.
- Coppedge, Michael (1998), “The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems”, *Party Politics*, núm. 4, pp. 547-568.
- (2003), “Venezuela: Popular Sovereignty versus Liberal Democracy”, en Jorge Domínguez y Michael Shifter (eds.), *Constructing Democratic Governance in Latin America. Second Edition*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Cox, Gary (2004), *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo: hacer que los votos cuenten*, Barcelona, Gedisa.
- Dix, Robert (1989), “Cleavage Structures and Party Systems in Latin America”, *Comparative Politics*, vol. 22, núm. 1, pp. 23-37.
- García Guadilla, María Pilar (2002), “Democracy, Decentralization, and Clientelism. New Relationships and Old Practices”, *Latin American Perspectives*, vol. 29, núm. 5, pp. 90-109.
- Gélineau, François (2002), “Presidential Approval in Volatile Contexts: Economic Voting in Argentina, Brasil, and Venezuela”, en *Annual Meeting of the Midwest Political Science Association*, Chicago, Illinois.
- Gibson, Edward (2004), “Subnational Authoritarianism. Territorial Strategies of Political Control in Democratic Regimes”, en *Annual Meeting of the American Political Science Association*, Philadelphia.
- Gibson, Edward y Calvo, Ernesto (2001), “Federalism and Low-Maintenance Constituencies: Territorial Dimensions of Economic Reform in Argentina”, *Studies in Comparative International Development*, vol. 35, núm. 3, pp. 32-55.
- Hagopian, Frances (1998), “Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization, or Decline?”, en Felipe Agüero y Jeffrey Stark (eds.), *Fault Lines of Democracy in Post-Transitional Latin America*, Boulder, North-South Center Press, pp. 99-143.
- (2002), “Economic Liberalization, Political Competition, and Political Representation in Latin America”, Mellon Foundation Sawyer Seminar, “Crises, Choices, and change: The Micro-foundations of the Neo-liberal Turn in Latin America”, Tulane University.
- (2005), “Conclusions: Government Performance, Political Representation, and Public Perceptions of Contemporary Democracy in Latin America”, en Frances Hagopian y Scott Mainwaring (eds.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press.

- (2006), “Democratización: Avances y Retrocesos en América Latina”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 26, núm. 2, pp. 231-239.
- Hansen, David; Hawkins, Kirk y Seawright, Jason (2004), “Dependent Civil Society: The ‘Círculos Bolivarianos’ in Venezuela”, en *Annual Meeting of the Latin American Studies Association*, Las Vegas.
- Helmke, Gretchen y Levitsky, Steven (2003), “Informal Institutions and Comparative Politics: A Research Agenda”, en *Kellogg Working Papers Collection*, South Bend.
- Huber, Evelyne y Stephens, John (1999), “The Bourgeoisie and Democracy: Historical and Contemporary Perspectives”, *Social Research*, vol. 66, núm. 3, pp. 759-788.
- Kitschelt, Herbert (2000), “Linkages between Citizens and Politicians in Democratic Polities”, *Comparative Political Studies*, vol. 33, núm. 6/7, pp. 845-879.
- y Wilkinson, Steven (2006), *Patrons, Clients, and Policies. Patterns of Democratic Accountability and Political Competition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ; Mansfeldova, Zdenka; Markowski, Radoslaw y Tóka, Gábor (1999), *Post-Communist Party Systems. Competition, Representation, and Inter-Party Cooperation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ; Hawkins, Kirk; Luna, Juan Pablo; Rosas, Guillermo y Zechmeister, Elizabeth-Jean, en preparación, *Party Competition in Latin America. Patterns of Programmatic Structuration*.
- Lechner, Norbert (1998), “The Transformation of Politics”, en Felipe Agüero y Jeffrey Stark (eds.), *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Miami, North-South Center Press, pp. 21-40.
- Lehoucq, Fabrice (2005), “Costa Rica: Paradise in Doubt”, *Journal of Democracy*, vol. 16, núm. 3, pp. 140-54.
- (2007), “Structural Reform, Democratic Governance, and Institutional Design in Latin America”, *Comparative Politics*, vol. 39, núm. 2, pp. 229-248.
- Levitsky, Steve (2003), *Transforming Labor-Based Parties in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lijphart, Arend (2000), *Modelos de democracia: formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona, Editorial Ariel.
- Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein (1967), “Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction”, en Seymour Martin Lipset y Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Stein, Nueva York, Free Press, pp. 1-64.

- Luna, Juan Pablo y Zechmeister, Elizabeth-Jean (2005), "The Quality of Representation in Latin America", *Comparative Political Studies*, vol. 38, núm. 2, pp. 388-416.
- (2006), "Party-Voter Linkages in Chile and Uruguay", Ph.D. Dissertation, Department of Political Science, UNC-CH.
- Madrid, Raúl (2005), "Indigenous Parties and Democracy in Latin America", *Latin American Politics and Society*, vol. 47, núm. 4, pp. 161-179.
- Magaloni, Beatriz (2005), "The Demise of Mexico's One-Party Dominant Regime. Elite Choices and the Masses in the Establishment of Democracy", en Frances Hagopian y Scott Mainwaring (eds.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ; Díaz-Cayeros, Alberto y Estévez, Federico (2006), "Clientelism and Portfolio Diversification: a model of electoral investment with applications to Mexico", en Herbert Kitschelt y Steven Wilkinson (eds.), *Patrons, Clients, and Policies. Patterns of Democratic Accountability and Political Competition*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 182-205
- Mainwaring, Scott (2006), "State Deficiencies, Party Competition, and Confidence in Democratic Representation in the Andes", en Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro (eds.), *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*, Stanford, Stanford University Press.
- ; Bejarano, Ana María y Pizarro, Eduardo (2006), *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*, Stanford, Stanford University Press.
- y Scully, Timothy (eds.) (1995), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- y Torcal, Mariano (2005), "Party System Institutionalization and Party System Theory After the Third Wave of Democratization", en *Kellogg Working Papers Collection*, South Bend.
- y Zoco, Edurne (2007), "Political Sequences and the Stabilization of Interparty Competition: Electoral Volatility in Old and New Democracies", *Party Politics*, vol. 13, núm. 2, pp. 155-178.
- O'Donnell, Guillermo (1994), "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, vol. 5, núm. 1, pp. 55-69.
- (1997), "Estado y Alianzas en la Argentina 1956-1976", en Guillermo O'Donnell (ed.), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democracia*, Buenos Aires, Paidós.
- Payne, Mark; Zovatto, Daniel; Carrillo, Fernando y Allamand, Andrés (2003), *La política importa: democracia y desarrollo en América Latina*,

- Washington D.C., Inter-American Development Bank, International Institute for Democracy and Electoral Assistance.
- Peruzzotti, Enrique y Smulovitz, Catalina (2002), *Controlando a la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Editorial Temas.
- PNUD (2004), *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Nueva York, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Powell, G. Bingham Jr. (2004), "Political Representation in Comparative Politics", *Annual Review of Political Science*, vol. 7, pp. 273-296.
- Przeworski, Adam; Stokes, Susan y Manin, Bernard (1999), *Democracy, Accountability, and Representation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Roberts, Kenneth (1995), "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case", *World Politics*, vol. 48, núm. 1, pp. 82-116.
- (1998), *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press.
- (2002), "Social Inequalities Without Class Cleavages in Latin America's Neoliberal Era", *Studies in Comparative Development*, vol. 36, núm. 4, pp. 3-33.
- (2006), "Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America. A Comparison of Fujimori and Chávez", *Comparative Politics*, vol. 38, núm. 2, enero.
- (de próxima aparición), "Political Representation in Latin America's Neoliberal 'Critical Juncture'".
- Ruiz Rodríguez, Leticia y García Montero, Mercedes (2003), "Coherencia partidista en las élites parlamentarias latinoamericanas", *Revista Española de Ciencia Política*, núm. 8, pp. 71-102.
- Schady, Norbert (2000), "The Political Economy of Expenditures by the Peruvian Social Fund (FONCODE) 1991-1995", *American Political Science Review*, vol. 94, núm. 2, pp. 289-304.
- Seligson, M. (2002), "Trouble in Paradise? The Erosion of System Support in Costa Rica. 1978-1999", *Latin American Research Review*, vol. 37, núm. 2, pp. 160-85.
- Sives, Amanda (2002), "Changing Patrons, from Politician to Drug-Don. Clientelism in Kingston, Jamaica", *Latin American Perspectives*, vol. 29, núm. 5, pp. 90-109.

- Stokes, Susan (2001), *Mandates and Democracy. Neoliberalism by Surprise in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2005), “Perverse Accountability: A Formal Model of Machine Politics with Evidence From Argentina”, *American Political Science Review*, vol. 99, núm. 3, pp. 315-327.
- Valenzuela, A. (1977), *Political Brokers in Chile: Local Government in a Centralized Polity*, Durham, Duke University Press.
- Van Cott, Donna Lee (2005), *From Movements to Parties in Latin America: The Evolution of Ethnic Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Verdier, Daniel (1995), “The politics of Public Aid to Private Industry: The Role of Policy Networks”, *Comparative Political Studies*, vol. 28, núm. 1, pp. 3-42.
- Weyland, Kurt (1996), “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities”, *Studies in Comparative International Development* vol. 31, núm. 3, pp. 3-31.
- (2005), “The Growing Sustainability of Brazil’s Low-Quality Democracy”, en Frances Hagopian y Scott Mainwaring (eds.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Yashar, Deborah (2005), *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Zurbriggen, Cristina (2006), “El institucionalismo centrado en los actores: Una perspectiva teórica y analítica”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 26, núm. 1, pp. 67-83.